



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

P

La teoría del Grande Hombre y la tutela de los pueblos

Autor:

Monti, José

Tutor:

1904

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía y Letras

Posgrado



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

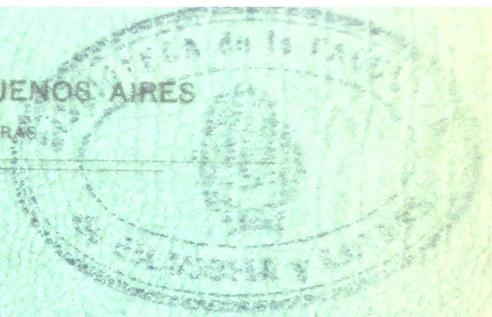
- DOCTORADO -

2
Tesis 4-2-12



UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



LA TEORÍA DEL GRANDE HOMBRE

Y

LA TUTELA DE LOS PUEBLOS

TESIS, PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

PRESENTADA POR

JOSÉ MONTI

1904

Imprenta Boulosa-Entre Ríos 1275

BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

LA TEORÍA DEL GRANDE HOMBRE

Y

LA TUTELA DE LOS PUEBLOS

TESIS, PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

PRESENTADA POR

JOSÉ MONTI

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Dirección de Bibliotecas

1904

Imprenta-Boullosa-Entre Ríos 1275

BUENOS AIRES

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



Decano

DOCTOR NORBERTO PIÑERO

Vice-Decano

DOCTOR MANUEL F. MANTILLA

Secretario

DOCTOR HÉCTOR JULIÁNEZ

Académicos Honorarios

TTE. GENERAL BARTOLOMÉ MITRE

† DR. VICENTE F. LÓPEZ

“ BERNARDO DE IRIGOYEN

“ MANUEL QUINTANA

DON CARLOS GUIDO SPANO

PF. HON. GIOSUÉ CARDUCCI

Académicos Titulares

DOCTOR LORENZO ANADÓN

“ JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

DON RAFAEL OBLIGADO

DON SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO

DOCTOR NORBERTO PIÑERO

“ ERNESTO WEIGEL MUÑOZ

“ FRANCISCO L. GARCÍA

“ INDALECIO GÓMEZ

“ MANUEL F. MANTILLA

“ ESTANISLAO S. ZEBALLOS

“ RODOLFO RIVAROLA

“ MIGUEL CANÉ

“ JOSÉ N. MATIENZO

“ ERNESTO QUESADA

MESAS DE TESIS

Primera Mesa

Geografía, Historia y Arqueología Americana

PRESIDENTE

DOCTOR ESTANISLAO S. ZEBALLOS

VOCALES

DON MANUEL A. LAFONE QUEVEDO

DOCTOR JOAQUIN CASTELLANOS

DON CLEMENTE L. FREGEIRO

DOCTOR DAVID PEÑA

“ ANTONIO DELLEPIANI

DON JUAN B. AMBROSETTI

Segunda Mesa

Lenguas, Literatura y Estética

PRESIDENTE

DOCTOR INDALECIO GÓMEZ

VOCALES

DOCTOR CALIXTO OYUELA

DON J. J. GARCIA VELLOSO

DOCTOR JOSÉ TARNASI

DON ANTONIO PORCHIETTI

DOCTOR FRANCISCO CAPELLO

Tercera Mesa

Filosofía, Sociología y Ciencia de la Educación

PRESIDENTE

DOCTOR MANUEL F. MANTILLA

VOCALES

DOCTOR RODOLFO RIVAROLA

“ JOSÉ N. MATIENZO

“ FRANCISCO A. BERRA

” ANTONIO DELLEPIANI

” RÓMULO E. MARTINI

A mi hermano Carlos

OBJETO DE LA OBRA

El objeto que me propongo al estudiar esta árdua cuestión, no es, por cierto, resolver el problema que tanto preocupa á los pensadores, sino exponer mi humilde opinión al respecto, cuyo peso en la balanza de las opiniones valdrá muy poco. Además, si se tiene en cuenta las acaloradas discusiones á que ha dado lugar, sin llegar á un acuerdo entre los controversistas, disputas que han merecido el honor de ocupar varias sesiones de Congresos de Historia y Sociología á la véz que llenar una época con publicaciones que llegaban desde el folleto satírico hasta la voluminosa obra de cuerpo, ya en pró, ya en contra del problema, se comprenderá su importancia y lo difícil de emitir opinión por humilde que ella sea.

En Alemania se han librado verdaderas batallas

entre los partidarios del individuo como sujeto histórico y los que rechazando esta teoría proclaman á la colectividad como sujeto de la historia. Muchas obras históricas se han publicado por una y otra escuela tendientes á defender sus teorías pero sin llegar á un acuerdo final. En Francia, Inglaterra é Italia se han publicado también muchas obras por distinguidos pensadores en las que estudian el problema bajo sus distintas fases, sin llegar á una solución definitiva. En estos últimos tiempos ha surgido una escuela intermediaria que parece ser la llamada á predominar. Por ella el grande hombre y la masa se complementan. No es posible concebir el uno sin la otra y recíprocamente.

Como se vé, el tema no puede ser más vasto, desde que se trata nada menos que de cambiar la faz de la historia imprimiéndole rumbos contrarios á los seguidos hasta ahora, esto es, rehacer la historia.

Esto por lo que toca á una parte del problema, pues el estudio de la segunda parte no es menos importante. Se trata de determinar la influencia de este grande hombre sobre los pueblos, su acción tutelar. Si han existido estas entidades superiores, distintas de los demás hombres, ó si han sido producto de la fantasía popular y de la imaginación de los historiadores. En esto, como en lo anterior, se han producido polémicas ardientes en las que los partidarios del grande hombre sostienen la acción tutelar de

aquellos en ciertos momentos de la vida de los pueblos, y lo prueban con los hechos que nos dá la historia; al paso que los que rechazan al grande hombre no aceptan su acción tutelar, porque el hombre por sí sólo es muy insignificante é inferior á la colectividad, y la acción del individuo es más aparente que real, pues detrás de aquél hay siempre un grupo que le presta su apoyo.

Como se vé, por estos ligeros apuntes, la obra debería ser de vastas proporciones y más crítica que expositiva, propia de talentos distinguidos y de vasta ilustración, cualidades que no poseemos, por lo que nos limitaremos á un trabajo expositivo, tratando de detallar en varios capítulos el proceso del problema para terminar con uno que sirva de ilustración á la obra.



CAPITULO I

LA TUTELA

LOS DIVERSOS CASOS

Consideraciones generales. — Tutela natural.—Tutela de un individuo sobre otro.—Tutela del Estado.—Opiniones de Arhens y Holtzendorff.—Tutela de un pueblo sobre otro.—Condiciones de Stuart Mill.—Tutela de una clase sobre un pueblo.

La palabra tutela en su pleno valor de protección é influencia preponderante que un elemento superior en la escala social ejerce sobre otro inferior, cualquiera que sea el orden en que esto se produce, presenta muchísimas fases dignas de algún detenimiento.

Hasta ahora se ha tratado de la tutela en el sentido que le dan los códigos civiles, es decir, de la protección que dispensa un individuo á otro ya sea un niño, ya sea un incapaz: demente, anciano, pródigo, epiléptico, etc. Pero echando una mirada á la humanidad pronto nos convenceremos que hay muchas más tutelas que las nombradas y quizá mucho más importantes.

En efecto, la protección ejercida por el Estado sobre cuestiones que traspasan el orden jurídico y respecto de las cuales la sociedad no ha llegado á una organización bastante robusta para darles cumplimiento, ó para comprenderlas ó medir su alcance, se llama función tutelar del Estado. Acción que se hace sentir á cada instante y mucho más en pueblos cuyo grado de adelanto no ha alcanzado su pleno desarrollo.

Nuestras cuestiones de límites, ¿qué hubiera sido de ellas, si el gobierno no ejerciendo una verdadera tutela, se hubiera dejado llevar por los sentimientos populares?

Tal vez una guerra desastrosa ó la conquista de parte del territorio, según que el pueblo asumiera una actitud bélica ó se mostrase indiferente, uno ú otro caso podrían haberse producido. La acción del Estado en este caso es verdaderamente tutelar. ¿Qué son el libre cambio y el proteccionismo sinó funciones tutelares del Estado consultando las ventajas del pueblo?

Y como estas, otras muchas que sería ocioso enumerar.

Sin detenernos en un análisis minucioso de los diferentes casos de tutela, entraremos á considerar las principales.

En primer término se nos presenta la tutela natural, la que dispensan todos los seres en la naturaleza

á su prole hasta la edad en que pueda hacerse independiente y mantenerse á sí misma. Esta es la más primitiva y natural de las tutelas, pues reconoce por origen el de los seres organizados. Siempre los padres han dispensado su protección y ejercido influencia sobre sus hijos hasta que estos fuesen aptos para buscarse el sustento. En épocas primitivas esta protección se reducía, como en los animales, á la alimentación y los cuidados maternales. Pero á medida que la civilización ha ido avanzando han nacido otras necesidades y la acción tutelar de los padres debió dejarse sentir en esferas diversas como son las de educar y proporcionar un arte, oficio ó carrera para que pueda desenvolverse en la sociedad. Esta tutela, supone en nuestros días, una série de cuidados que los padres no deben desconocer.

En segundo lugar, tenemos la tutela que un individuo ejerce sobre otro por mandato de la ley. Muchísimos artículos prevén y reglamentan esta protección artificial en los códigos civiles de todos los pueblos civilizados.

La ley previsorá ha querido que en caso de muerte de los padres, los huérfanos nunca queden sin amparo y ha instituído la tutela nombrando á otra persona que ejerza las funciones de aquellos; ó en caso de incapacidad á causa de enfermedades que inhabiliten para el cumplimiento de sus deberes, ejercicio de sus derechos y manejo de sus bienes.

Esta clase de tutela es muy antigua y todos los pueblos le han dedicado mucha atención al reglamentar y prevenir todos los casos que puedan ocurrir.

Consideraremos en tercer lugar la tutela llamada del Estado, tal vez la más importante de todas por las funciones que debe llenar y por la misión que desempeña en la marcha de la civilización de los pueblos.

«El Estado es la institución social que ha llegado al más alto grado de perfección relativa» dice Ahrens —«Y es una ley fundamental de todo desarrollo histórico que la institución que ha llegado en una época dada á la evolución más completa, está destinada á ejercer la tutela sobre los ramos de la actividad social que se han quedado rezagados, que no han adquirido bastante vitalidad para constituir una organización distinta con un poder bastante fuerte para marchar hácia un perfeccionamiento ulterior.» (1) De aquí que todos estos ramos que se encuentran en grado inferior de desarrollo respecto al Estado, sufran la tutela de éste. En tales condiciones se encuentran actualmente la industria, el comercio, las ciencias, las artes, la instrucción, la educación y hasta la moralidad pública.

Tanto mayor es la influencia tutelar del Estado sobre estas instituciones cuanto más atrasadas se encuentran. Sucede en nuestros días que los Estados

(1) Ahrens.—Derecho Natural.

se ven obligados hasta conceder primas, garantías y subvenciones para mantener en pié ciertas industrias, —la azucarera por ejemplo, y hasta hace poco también, las garantías ferrocarrileras para fomentar su desarrollo. Las subvenciones á distintas empresas industriales y comerciales, son otras formas de protección dispensadas por el Estado, como se hace con algunas compañías de navegación, etc.

Las ciencias, las bellas artes y la instrucción pública general y especial, deben su mayor desarrollo á la influencia bienhechora del Estado, á la protección que aquél le dispensa, sin cuyo concurso su progreso sería casi nulo. Obsérvese sinó á los Estados donde no se preocupan de aquellas instituciones, cualquiera que sea la causa, y se verá que ellas se hallan poco menos que en su infancia, y al contrario, en aquellos donde el Estado ejerciendo verdadera función tutelar se ha preocupado de su difusión y desarrollo, se hallan en un estado floreciente, honroso para tales Naciones. La comparación de varios Estados americanos con nosotros nos dará la razón de lo que dejamos expuesto. Como también puede hacerse con los del antiguo continente y el resultado será el mismo. Como ejemplo, tómese á Bolivia ó Paraguay y la República Argentina; ó tambien á Inglaterra, Alemania ó Francia y España ó Turquía ó cualquiera nación Oriental. Pero sin duda alguna, sobre la que ejerce una verdadera acción tutelar el Estado es sobre la instrucción

pública. Desde que se proclamó la necesidad de aquella institución se trató de dispensarle la mayor protección posible, amparo que no podía ejercer otro que el Estado, el único que tiene los medios necesarios para hacer efectiva la obligación escolar y darle el impulso y desarrollo que exige la civilización actual.

De modo que es función tutelar del Estado propender por todos los medios posibles al adelanto y progreso de las industrias, comercio, ciencias, artes, instrucción y educación. En cuanto á la moralidad pública, el Estado es también el encargado de velar por ella por medio de leyes que reglamenten las costumbres y tiendan á disminuir los vicios.

Ya dije en otro lugar que el proteccionismo no es mas que la acción protectora del Estado en favor del desarrollo de las industrias, como el libre cambio lo es del comercio. No pretendo con esto que el Estado deba sustituirse completamente á la acción individual, muy al contrario, creo que debe propender á su impulso y tratar por todos los medios de emancipar, cuando llegue el momento, aquellas actividades que hayan adquirido la energía y vitalidad necesarias para vivir por sí solas: porque como dice muy bien Ahrens: «Si por un lado el derecho de tutela es legítimo, no debe insistirse menos, por otro, en el derecho de emancipación; y esto con tanta mayor fuerza cuanto que el amor al poder, que se muestra en las instituciones como en los individuos, tiende muchas veces

á prolongar la tutela más allá del término señalado por la naturaleza».

Tampoco creo que el bien público sea el único fin del Estado, pues el *Salus publica suprema lex est*, parece que es dejado de lado por no reunir todos los fines que constituyen la mayor civilización de un pueblo. Como dice Holtzendorff: «La inconsistencia es tal, que, por un lado los gobiernos que son impelidos por su celo para la supuesta felicidad del pueblo, consideran como obra suya todos los resultados favorables de la acción tutelar oficial como hija de sus «paternales cuidados»; y por otro, las poblaciones hábitadas á esa tutela atribuyen á los funcionarios ó al gobierno todos los accidentes ó trastornos en la vida económica, y todas las crisis y calamidades».

De modo que la acción del Estado debe dejarse sentir allí donde la acción del individuo no puede llegar; pero debe cesar en cuanto haya cumplido su misión.

Consideraremos en cuarto término la tutela de un pueblo sobre otro. Para Stuart Mill (2) «todo gobierno teniendo en cuenta que debe ser manejado por hombres y por consiguiente su actuación se hace indispensable, deberá sujetarse á la capacidad y calidad de los gobernados, lo que implica tres condicio-

(1) Holtzendorff.—Principios de política.

(2) Stuart Mill.—Los gobiernos representativos.

nes: 1º Un pueblo al cual se destina una forma de gobierno, debe consentir en aceptarla, ó por lo menos, no debe rehusarse á ella de manera que oponga un obstáculo insuperable á su establecimiento. 2º Debe tener la voluntad y capacidad de hacer lo que es necesario para mantener su existencia. 3º Debe tener la voluntad y capacidad de hacer lo que esta forma de gobierno exige de él, sin lo cual ella no podría llegar á su fin».

Un pueblo que reúna estas condiciones, debe ser naturalmente un pueblo civilizado, capaz de un alto grado de cultura y de desarrollarse y vivir independientemente. Por el contrario, aquéllos que no reúnen estas condiciones, necesitan sufrir forzosamente la influencia de otro para civilizarse y alcanzar á llenar esas condiciones.

Los pueblos salvajes ó bárbaros, los que no tienen voluntad, energía, que son perezosos, incapaces de defenderse; como también aquellos otros que por sus pasiones violentas, grosería, orgullo personal son tiránicos y viven en continua lucha; necesitan forzosamente que una nación civilizada les dispense su protección, que sirva de tutora, hasta tanto ellas puedan emanciparse.

En tales casos deben proceder hasta con cierto despotismo, deben imponerse y no sufrir el contralor del pueblo tutelado. Es natural que este rigorismo debe ser para imponer una gran suma de obligacio-

nes legales y morales, pues de lo contrario el tal despotismo sería contraproducente.

Muchos ejemplos nos ofrece la historia de esta clase de tutela, y sin perdernos en tantos, citaremos la que ejerce Inglaterra sobre la India. Este pueblo por su carácter indolente y perezoso es incapáz de gobernarse todavía, é Inglaterra ejerce una verdadera tutela sobre él. Nombra todas las autoridades dependientes de la Metrópoli, porque ellos no han entrado en el camino de la obediencia. En cambio, á las colonias americanas y á Australia, le ha dado toda clase de libertades: legislaturas, municipios, gobernadores y constituciones igual á ella, y solo se reserva el derecho del veto en casos especiales.

Otro caso de tutela sería el que ejercen algunas naciones sobre otras en forma de protectorado, como Francia sobre Túnez.

Nos ocuparemos ahora de la tutela que ejerce una clase sobre un pueblo.

Ocurre en las sociedades poco adelantadas, que cierta parte de ella se incauta de las riendas de gobierno y dirige á su antojo, considerando al resto como incapáz de ejercer las funciones gubernativas. Ejerce así sobre aquélla, una especie de tutela de buen ó mal grado por parte de los tutelados. La historia nos presenta muchos ejemplos de esta clase de tutela, la aristocracia es una de ellas. Lo mismo en Grecia que en Roma y durante la Edad Media, se han produ-

cido muchísimos casos, hasta el punto que en ciertas épocas el pueblo no contaba para nada y solo la nobleza figuraba al frente del Estado. Un ejemplo acabado nos lo presenta Venecia con su gobierno compuesto de un núcleo de aristócratas, que manejaban á su antojo al pueblo. Pero donde encontramos la verdadera tutela de clase, es sin duda alguna, en la clase sacerdotal. En todos los tiempos ésta ha ejercido verdaderas funciones tutelares sobre los pueblos, ya en su carácter religioso solamente, ya asumiendo las dos formas: civil y religiosa. Desde los tiempos más remotos, desde el Egipto y la India, el predominio del clero sobre los pueblos ha sido, puede decirse, omnipotente. Los han manejado á su antojo, han dispuesto de su vida y hacienda y los han conducido hasta el sacrificio sin que por esto aquellos se hayan quejado un instante, pues era tal la fé ciega que profesaban á sus tutores, que ellos se consideraban incapaces de vivir solos. De allí que ellos mismos se llamasen pastores comparando al pueblo con un rebaño. Durante la Edad Media siguieron ejerciendo este predominio, pero ya no era tan absoluto como en aquellos pueblos, porque la nobleza les disputaba el gobierno civil, sosteniendo á causa de esto, luchas muy encarnizadas en que casi siempre salía victoriosa la clase sacerdotal, pues cualquiera que fuese el resultado, ellos siempre eran los que coronaban á los reyes y príncipes, quedando así bajo su influencia poderosa

tanto los reyes como los pueblos á quienes gobernaban. Entre nosotros se ha producido el mismo fenómeno y tal vez con caracteres más acentuados que en ninguna otra parte.

Aparte del predominio que ejercía en todas las colonias españolas, tenemos el caso típico, tal vez el único, donde ejercían verdadera tutela, me refiero á las Misiones Jesuíticas del Paraguay. Como es sabido los jesuitas habían formado allí una nación en la que el pueblo lo formaban los indios reducidos y las funciones de gobierno las ejercían ellos. Los jesuitas eran para los indios verdaderos padres pues los consideraban como menores de edad, como niños grandes y por consiguiente incapaces de gobernarse. De allí que tratasen á aquel pueblo con todos los miramientos que un padre trata á sus hijos menores.

En nuestros tiempos, puede decirse, que las clases han desaparecido, y especialmente en los pueblos republicanos donde el gobierno surge del pueblo y este es el que gobierna indirectamente. Y es natural que la acción tutelar de aquellas disminuirá cada vez más, á medida que el pueblo se ilustre y comprenda mejor sus derechos y deberes. Aunque aquí surge una nueva duda, y es, si levantándose el pueblo no se añadirá una nueva clase á las ya existentes.

Otras tutelas serían las que ejercen las ciencias, artes, letras, etc. A mi juicio son tan legítimas como las demás, y nos bastará para afirmar nuestro juicio,

fijarnos en la influencia y predominio que ha ejercido la ciencia, el arte y literatura griega y romana en todas las épocas y especialmente la primera, á quien puede considerarse como verdadera madre tutelar en este sentido.

Réstanos por considerar ahora, la forma tutelar que se manifiesta en los pueblos, cuando un individuo por diversas causas asume el gobierno y los dirige por su sola voluntad.

Es la forma que la historia reconoce con el nombre de Dictadura y hablaremos en un capítulo aparte por ser una de las más importantes é interesar especialmente.

..



CAPITULO II

CONTINUACIÓN

DE LOS

DIVERSOS CASOS DE TUTELAS

LA DICTADURA

Consideraciones generales.--Opinión de Sismondi.—La dictadura en caso de peligro exterior.—Rousseau y la dictadura en Roma.—La dictadura causada por las pasiones políticas.—Opinión de Holtzendorff.—La dictadura causada por corrupción política y social.—Opinión de Costa.—Peligros de las dictaduras.—Opinión de Laveleye.—Opiniones de Donoso Cortés, L'etourneau y Machiavelo sobre la dictadura.—Cualidades del dictador.—La dictadura en los organismos inferiores.

Este caso de tutela és tal vez el más importante, y el que merece que le dediquemos especial atención, dando en lo posible el mayor número de opiniones que la exponen y apoyan en las diversas formas en que pueda presentarse.

Múltiples son las causas que pueden dar lugar á

esta forma de gobierno; pero siempre responden á momentos iniciales en la vida de los pueblos, ó á estados enfermizos más ó menos acentuados, que pueden abarcar todo el organismo social de una nación ú organismos parciales dentro de una nación misma, pero que se hacen indispensables para la buena marcha del conjunto.

En los comienzos de toda nación, sucede con frecuencia, que los individuos que la componen no sean capaces de cumplir con sus deberes ni ejercer sus derechos, y caigan por esta causa en la indiferencia política, que trae consigo la corrupción, la perversidad y el retraso en todos los órdenes de la vida de un pueblo; en tales casos se hace indispensable que un hombre ó un grupo de hombres tomen las riendas de gobierno y traten por todos los medios de encauzar por recta canal á las costumbres del pueblo é inculcar hábitos de rectitud política á los ciudadanos.

Todas las naciones en su infancia han debido pasar por dictaduras más ó menos prolongadas, á causa generalmente de la ignorancia del pueblo en el conocimiento de las instituciones que forman el gobierno, pues no ha sido posible que con la independencia de un Estado naciera conjuntamente una forma completa de gobierno, por más que muchas veces tuviesen origen popular los movimientos iniciales de tales Estados. Un ejemplo palpable lo tenemos en América con motivo de la independencia de las colo-

nias españolas, en donde, si bien el pueblo tomó parte muy activa en los primeros movimientos, no estaba sin embargo preparado para cumplir las exigencias que un gobierno republicano requiere. Así es como los primeros gobiernos toman la forma de una junta, triunvirato ó directorio, y disponen de vidas y haciendas de todos los habitantes, dictando leyes militares, económicas, religiosas, civiles, etc, etc. De donde un hombre ó un grupo de hombres asumen los poderes del Estado y lo manejan á su antojo.

Es natural que no puede ser de otro modo, pues no se concibe que en tales momentos se organicen poderes; y para dictar las leyes de las cuales depende más de una vez la salvación del Estado, haya de obrarse como en los tiempos normales. Por otro lado este gobierno cuenta con el beneplácido del pueblo, porque la razón le dice que de este modo puede obrarse rápidamente. Además, en tales circunstancias, no puede pensarse en degeneraciones, porque todos están interesados en el éxito de la empresa, y de allí que los hombres que asumen el poder se hallan siempre muy bien intencionados y todo lo hacen en beneficio del Estado.

Sismondi (1) dice respecto de este asunto: «Luego que se ha hecho una revolución por la voluntad

(1) Sismondi.—Estudio sobre la constitución de los pueblos libres.
—Tomo 1º.

unánime de un pueblo, es necesario que toda lucha cese, que toda discusión se acalle y entonces debe procederse á buscar un hombre; un hombre que identificándose con ella ponga su voluntad en el lugar del que la nación no puede expresar aún; un hombre que se refiera todo á un centro común, que prevea, que combine, que guarde secreto, que ordene sin discusión, sin dar cuenta y que por la rapidez de su pensamiento compense todas las desventajas de su posición. Pero esta dictadura debe cesar cuando el peligro haya pasado, de lo contrario corre riesgo de convertirse en tiranía ó en gobierno despótico..»

Como se vé, supone este régimen extraordinario, incapacidad en la sociedad para cumplir por medios normales el fin de su vida ó restaurar las instituciones y encaminarlas al fiel cumplimiento de sus funciones. Y como se comprenderá, en los momentos difíciles de las naciones, que siguen generalmente á una revolución, se justifica perfectamente una forma de gobierno tal como la dictadura, enérgica, fuerte, de pensamiento y voluntad é inspirada siempre en el bien común.

Puede ocurrir que un pueblo que haya llegado á la madurez de su vida, se sienta por un momento débil, incapáz de contrarrestar ciertos peligros y que acuda por esto mismo á la dictadura, que ponga en manos de un ciudadano probo, inteligente, de carácter recto y justo, enérgico y de elevados sentimientos la una del poder y con él la salvación. En tales momentos,

tal vez de desfallecimiento pasajero ó debilidad de la colectividad, aquel hombre elegido para cargo tan elevado y de tanta responsabilidad asume todo el poder y se coloca al frente de la sociedad con el consentimiento de todos los ciudadanos.

Tales dictaduras se han producido en momentos de peligro exterior, en que la patria amenazada por enemigos, hacía necesario proceder con energía y rapidez; y donde la acción debió ser inmediata y no podía esperarse las discusiones de los poderes sin peligro más ó menos grave para la causa que se defendía. Tal ha ocurrido en Roma, en donde parece que la dictadura ha sido muy frecuente, precisamente con este carácter de urgencia. Apremiado por la inminencia de un peligro exterior, el pueblo se vió obligado á acudir á alguno de los ciudadanos más capaces para ponerlo al frente de la patria y salvarla del peligro de que estaba amenazada. Este hecho se ha repetido muchas veces en aquel Estado; pero los dictadores han tomado el cargo de tal, solo y únicamente en los momentos más precarios de la vida de Roma, y luego de conjurado el peligro han abandonado su puesto y las cosas han vuelto á su quicio. Se le fijaba el tiempo que debían permanecer en el poder y se sabe que muchos de ellos han dimitido antes de terminar el plazo.

Rousseau (1), dice respecto de los dictadores ro-

(1) Rousseau.—Contrato social.—Dictadura.

manos: «En los principios de la República, fué necesario recurrir á la dictadura, porque el Estado no tenía entonces una base bastante fija para poder sostenerse por la fuerza de su constitución.

Haciendo las costumbres supérfluas ciertas precauciones, que hubieran sido necesarias en otro tiempo, no se creyó que un dictador abusaría de su autoridad, ni que intentara prolongarla más allá de su término. Parece al contrario, que un poder tan grande se consideraba como carga para aquel á quien se le confería; tanta era la prisa que se daba en exonerarse de él, como si fuera un puesto de mucho trabajo y peligroso ocupar el lugar de las leyes.»

Añade en otra parte: -«En Roma, los dictadores, como no lo eran sinó por seis meses, abdicaron generalmente antes de cumplir el término; si el plazo hubiera sido muy dilatado tal vez hubieran intentado prolongarlo más, como lo hicieron los decenviros, por el de un año. El dictador no duraba más tiempo en el poder que el que exigía la necesidad que lo había hecho elegir.»

Por esto se verá que las causas justificaban la sustitución de los poderes por un solo hombre, y en nuestros tiempos el hecho se ha producido en la misma forma que en Roma. Los pueblos cuando se hallan amenazados por grandes peligros parece que se sintieran incapaces de afrontarlos y buscan instintivamente á un hombre que los dirija y los defienda. Esto

ha pasado como dice Sismondi, en Suecia con Gustavo Wasa, en Escocia con Guillermo Wallace, en Holanda con Guillermo de Orange.

Es muy frecuente tambien en pueblos salvajes en donde cada tribu vive sin jefe durante el tiempo de paz; pero luego que se ven en guerra se reunen y eligen un jefe de entre los más fuertes á quien siguen ciegamente. Sin esto se expondrían á ser derrotados á cada instante; el instinto les hace ver el pelígro y en el momento oportuno consienten en someterse á quien en tiempo de paz no obedecen.

Actualmente mismo, cuando una nación se halla en guerra con otra, el jefe del Estado asume todo el poder, y si no cesa la representación de la soberanía, se debilita de tal modo que su acción es casi nula en lo que toca á la dirección de la guerra y todo lo que con ella se relaciona, pues aquel en tales momentos manda y dispone á voluntad y nadie piensa en oponerse á sus órdenes, porque, se comprende muy bien, que en estas circunstancias es necesario someterse incondicionalmente á un jefe para el mejor éxito de la empresa. Por otro lado, las constituciones modernas han reservado este privilegio al Poder Ejecutivo con el nombre de «estado de sitio» por el que este poder se constituye en árbitro de los destinos de la nación.

Puede ocurrir que dentro de una nación misma lleguen ciertos momentos en que las pasiones ofus-

quen á los partidos y los incapacite para luchar pacíficamente; en tales casos es imposible la forma representativa. Los hombres dirigentes se extravían, no se pueden entender, y en su afán de triunfar esgrimen cualquier arma. La discordia se acentúa cada vez más, y el pueblo arrastrado por corrientes encontradas de pasiones y caprichos, forma facciones ó bandos que en realidad llegan casi siempre á resultados funestos. En estas circunstancias los poderes constituidos, si se mantienen alejados de toda participación deben apresurarse á poner fin á todo desorden ó irregularidad, tratando de evitar mayores males.

Pero generalmente las leyes son insuficientes para detener las pasiones y obligar á los ciudadanos á que todo se haga en orden, y entonces surge la necesidad imperiosa de suspender por un momento las garantías y derechos constitucionales hasta que todo vuelva á su quicio. En estos casos el Poder Ejecutivo asume el mando supremo por conferírsele así la Constitución en el ya citado «estado de sitio». Los legisladores han previsto estos trastornos y se han apresurado á remediarlos poniendo aquella atribución en manos del Ejecutivo. Es claro que en estas circunstancias el Poder Ejecutivo es un verdadero dictador con facultades extraordinarias. Y no puede ser de otro modo, pues cuando las leyes no bastan para acallar las pasiones y tranquilizar los ánimos, es forzoso recurrir á medios de fuerza para conseguirlo.

Por esto las constituciones han colocado entre sus artículos el que confiere facultades extraordinarias á uno de los poderes.

Hollzendorff (1), dice al respecto «La prohibición absoluta de toda dictadura conduciría fatalmente en tiempo de revueltas á la destrucción final de todas las libertades públicas. Existe para las constituciones una necesidad derivada del principio histórico, y es la de proveer las imperiosas y excepcionales circunstancias en las cuales la ley que se promulgó teniendo en cuenta situaciones normales y pacíficas no es aplicable. Una constitución excelente en tiempos ordinarios, puede ser temporalmente inaplicable durante una crisis política intensa. Ya de antemano se previenen ciertos conflictos peligrosos, autorizando temporalmente una restricción al ejercicio de los derechos y libertades del ciudadano».

«En la política constitucional, que considera la armonía entre la ley y el desenvolvimiento histórico del espíritu nacional, es preciso admitir la supresión temporal de la ley en casos excepcionales, de necesidad imperiosa, á fin de prevenir una ruptura violenta». Se entiende, ha de constar «la imposibilidad de resolver el problema por una reforma legislativa».

Nuestra historia, como la de casi todos los países americanos, está llena de estos casos que desgraciadamente no dejan de repetirse frecuentemente.

(1) Hollzendorff.—Principios de política.

Réstanos ocuparnos del caso más grave, del caso en que un pueblo hondamente trastornado no es capaz de llenar las exigencias que demandan las instituciones de un pueblo libre. De un pueblo cuyas costumbres hayan degenerado, y la corrupción, el vicio, la indiferencia, lo lleven hasta deponer todos sus derechos y lo hagan incapaz de cumplir con sus deberes políticos más elementales. En tales circunstancias, en que el remedio no puede venir de la colectividad por hallarse herida de muerte en sus propias energías, es forzoso que la corrección venga de otro lado, del poder constituido, que libre de todos estos achaques, deberá apresurarse á poner remedio á tanto trastorno. En este caso las leyes son casi siempre impotentes para contener el desbordamiento de la perversión del pueblo y se debe acudir á medios enérgicos, de fuerza, que detengan de pronto si es posible, la marcha progresiva de tanta calamidad que conduciría al Estado al más horroroso caos. Como el pueblo es incapaz de obedecer y de mandar, es necesario imponérselo todo por la fuerza para encauzarlo por la senda del orden, del deber, de la obediencia y de la virtud. En estos casos es, pues, forzoso que un hombre, fuerte, enérgico, bien inspirado, tome las riendas del mando, y pasando por encima de las leyes, someta con brazo fuerte al pueblo insubordinado y corrompido. Entonces surge el dictador que bien puede llamarse «el misionero del orden porque viene á es-

tablecerlo dentro del caos y la confusión» como dice Carlyle.

Se justifica pues, en estas circunstancias, la dictadura como único remedio á tanta corrupción, á tanto desorden, y así como el individuo que preso de grave enfermedad necesita de enérgicos remedios y solícitos cuidados, el Estado cual un individuo, los necesita igualmente.

Costa (1) al hablar de esta cuestión, y dándole toda la importancia que merece, dice: «que puede producirse este régimen extraordinario, cuando en la comunidad se introduce la inacción, ó tienen lugar ciertas extralimitaciones, ó bien alguna falta de equilibrio en las diversas funciones del organismo social, ó resistiéndose á deponer por algún tiempo el ejercicio de alguna que ya poseía y para lo cual se ha incapacitado; ó pretendiendo conquistar otras antes de haber adquirido la necesaria aptitud para desempeñarlas racionalmente, ó por el contrario, resistiéndose á cooperar en el grado debido á su cumplimiento, con lo cual abandona sus fines y racional destino, desconoce sus propias necesidades, se niega á su propia reforma, se rebela continuamente contra los órganos ejecutivos del derecho, ó encerrándose en apática indiferencia, se retrae, v. gr.: en las elecciones, ó consiente la elección de asambleas incultas y torpes, ó tolera, con marasmo mortal, que la inmoralidad vaya

(1) Costa. — Vida del derecho.

ganando á todos sus miembros y se erija en espectáculo normal contra el que no siente el impulso de la reacción que en toda conciencia sana debe producirse. Y puesto que el remedio no puede venir de la propia colectividad, mediante su propia acción (como en las revoluciones) forzoso es que venga del otro término, del jefe del Estado, ó de *individuos* que, teniendo conciencia de la situación en que se hallan las cosas y del camino necesario para rectificarlas, *asuman* el mando supremo para proceder á la aplicación de aquellos remedios que han de reformar la conciencia viciada de la sociedad, levantándola de su postración ó envilecimiento, restituyéndola á la vida del bien y encaminándola á una pronta emancipación, empezando por interrumpir el ejercicio de la soberanía colectiva que no podría dar resultado alguno benéfico.»

En los pueblos nuevos es donde se vé con más frecuencia entronizarse dictadores que desgraciadamente degeneran casi siempre en tiranos ó déspotas de lo último, resultando así peor el remedio que el mal; pero esto no excluye la necesidad de aquellos cuando la sociedad padece de alguna enfermedad que mina su existencia. Los tratadistas temen á los dictadores porque generalmente degeneran, y en vez de corregir los males que azotan al Estado, sirven de flageladores, poniendo en juego pasiones que originan otros mayores. Desgraciadamente, las naciones americanas cuentan muchos de estos ejemplos, y de ahí

que sea preferible tolerar los abusos que permitir la aparición de un dictador. Aunque es cierto, que estos gobiernos anormales, son el producto de sociedades tambien anormales, y son impuestos por las circunstancias, nacen solos, aparecen como producción espontánea de la época que los genera. Por otro lado, no todos los dictadores son malos ni degeneran en tiranos, pues como dice Laveleye (1): «Hay sin embargo buenos déspotas que hacen falta en ciertos momentos (déspota por dictador) de la sociedad, pues su acción tutelar dejándose sentir sobre todas las instituciones, las ordenan, dictan leyes justas, rectas y severas, que aseguran el bienestar del pueblo. Ocurre ciertas veces que una sociedad está anarquizada, corrompida y es incapaz de gobernarse, entonces hace falta un hombre fuerte; pero bueno é inteligente, que sea capaz de encauzar las cosas por justo canal y cambiar el orden existente y hasta reformar las costumbres, como sucedió en Prusia con Guillermo Federico I^o. quien administraba sus Estados como un estanciero maneja sus estancias. Todo lo hacia él, lo disponía, lo ordenaba, en todas partes estaba, hasta en las cosas más nimias intervenía. Nada se hacía sin su consentimiento y sin que él lo ordenara, y hasta llegó á manejar el bastón para imponer obediencia. Pero él, con toda su dureza, formó el carácter de la Prusia».

(1) Laveleye.—Gobierno y democracia.

Donoso Cortés (1) al hablar de los padecimientos de la sociedad, dice: «Cuando una sociedad padece, el origen de sus males se ha de encontrar forzosamente: 1º.— ó en la acción de los individuos; 2º.— en la acción del gobierno, 3º.— ó en la acción simultánea de los individuos y el gobierno.

1º.— Sucede muchas veces que siendo las leyes benéficas y tutelares, son las costumbres viciosas y corrompidas y los pueblos son presos de graves infortunios y la sociedad corrompida se siente desfallecida y convulsa por más que ello sea producto de largo tiempo. Llegado el mal á su más alto grado la sociedad se levanta y pide su salvación y sus víctimas (la revolución se produce). Pero toda revolución política en el primer momento de su aparición debilita el poder; y un poder fuerte era la única esperanza de salud para esa sociedad estremecida. Cuando las costumbres son la causa del desarrollo de las revoluciones, solo puede terminarla el gobierno por medio de la dictadura; porque solo siendo dictador puede meter en cauce el torrente de las costumbres desbordadas, puede imprimir una nueva dirección á las ideas, y asentando el estandarte de las leyes hasta el hogar de las familias, puede extirpar el cáncer que á la sociedad devora.»

L'etourneau (2), dice por su parte que: «en la vida de una nación hay momentos extremadamente

(1) Donoso Cortés.— Conferencias de derecho constitucional.

(2) L'etourneau.— Evolución política.

críticos en que puede ser útil conceder á un hombre las atribuciones de gobierno más extensas.»

Y Machiavelo (1) apuntando la necesidad del gobierno absoluto como medio de mejorar el pueblo, dice: «para mantener la libertad de un estado corrompido, lo mismo que para restablecerla y para fundar y regenerar la igualdad no bastan los medios ordinarios, antes bien son perjudiciales: es preciso ser uno y hacerse dueño absoluto del Estado por mediõ de la fuerza. Por desgracia este hecho supone de ordinario un hombre malvado y ambicioso, mientras que el hecho de reformar un Estado en su organización política supone un ciudadano generoso y probo, y rara vez se encontrará un hombre de bien que quiera seguir caminos reprobados para llegar á un buen fin, ó un hombre perverso que se avenga á sacrificar en aras del bien la autoridad adquirida injustamente.»

Como se vé, todos los autores están contestes en la necesidad de la dictadura en ciertos momentos en que el organismo social se halla en un estado morboso, si bien muchos de ellos presienten las consecuencias más de una vez funestas para la vida de los pueblos, porque como dice Machiavelo, es muy difícil encontrar el hombre necesario para desempeñar tan delicado puesto, pues la tiranía ó el despotismo han sido más de una vez el fin de las dictaduras, y las naciones americanas son testigos de esta verdad. Ha

(1) Machiavelo.—El Príncipe.

Donoso Cortés (1) al hablar de los padecimientos de la sociedad, dice: «Cuando una sociedad padece, el origen de sus males se ha de encontrar forzosamente: 1º.—ó en la acción de los individuos; 2º.— en la acción del gobierno; 3º.—ó en la acción simultánea de los individuos y el gobierno.

1º.—Sucede muchas veces que siendo las leyes benéficas y tutelares, son las costumbres viciosas y corrompidas y los pueblos son presos de graves infortunios y la sociedad corrompida se siente desfallecida y convulsa por más que ello sea producto de largo tiempo. Llegado el mal á su más alto grado la sociedad se levanta y pide su salvación y sus víctimas. (la revolución se produce). Pero toda revolución política en el primer momento de su aparición debilita el poder; y un poder fuerte era la única esperanza de salud para esa sociedad estremecida. Cuando las costumbres son la causa del desarrollo de las revoluciones, solo puede terminarla el gobierno por medio de la dictadura; porque solo siendo dictador puede meter en cauce el torrente de las costumbres desbordadas, puede imprimir una nueva dirección á las ideas, y asentando el estandarte de las leyes hasta el hogar de las familias, puede extirpar el cáncer que á la sociedad devora.»

L'etourneau (2), dice por su parte que: «en la vida de una nación hay momentos extremadamente

(1) Donoso Cortés.—Conferencias de derecho constitucional.

(2) L'etourneau.—Evolución política.

críticos en que puede ser útil conceder á un hombre las atribuciones de gobierno más extensas.»

Y Machiavelo (1) apuntando la necesidad del gobierno absoluto como medio de mejorar el pueblo, dice: «para mantener la libertad de un estado corrompido, lo mismo que para restablecerla y para fundar y regenerar la igualdad no bastan los medios ordinarios, antes bien son perjudiciales: es preciso ser uno y hacerse dueño absoluto del Estado por medió de la fuerza. Por desgracia este hecho supone de ordinario un hombre malvado y ambicioso, mientras que el hecho de reformar un Estado en su organización política supone un ciudadano generoso y probo, y rara vez se encontrará un hombre de bien que quiera seguir caminos reprobados para llegar á un buen fin, ó un hombre perverso que se avenga á sacrificar en aras del bien la autoridad adquirida injustamente.»

Como se vé, todos los autores están contestes en la necesidad de la dictadura en ciertos momentos en que el organismo social se halla en un estado morbooso, si bien muchos de ellos presienten las consecuencias más de una vez funestas para la vida de los pueblos, porque como dice Machiavelo, es muy difícil encontrar el hombre necesario para desempeñar tan delicado puesto, pues la tiranía ó el despotismo han sido más de una vez el fin de las dictaduras, y las naciones americanas son testigos de esta verdad. Ha

(1) Machiavelo.—El Príncipe.

sido frecuente el caso de que un pueblo haya tenido que recurrir á la revolución ó la guerra para derrocar al dictador convertido en tirano.

El verdadero dictador, para ser tál, debe contar con el beneplácito del pueblo, ya tácito ó explícito, según que se haya erigido él mismo por el llamado golpe de estado, ó bien lo haya elegido el pueblo reflexivamente.

Como la causa que lo origina es siempre un estado anormal de la sociedad, debe apresurarse á dimitir una vez que todo haya vuelto á su quicio y tan pronto como el mal ó los males que lo originaron hayan desaparecido, de lo contrario, corre peligro de degenerar y perder el carácter para que fué elegido.

Es natural que el dictador supone un gran patriota, un hombre probo, inteligente, generoso, paciente, ilustrado y de un carácter recto y justo. Sin estas condiciones no existe dictador, sinó cualquier otro engendro.

Como dije al principio, no solo la dictadura se manifiesta en los Estados, sinó que suele producirse en los organismos inferiores, como son los municipios, en donde el vecindario cansado de soportar la corrupción de los funcionarios llamados á regir la comuna consienten en eliminarlos violentamente y sustituirlos por un hombre de sano criterio y juicio recto; ó cuando las autoridades comunales dimanen de un poder superior que por ley especial las ha creado y llega

cierto momento en que ni el pueblo es capaz de sostener la institución en la altura que se debe, ni los funcionarios cumplir la misión con honestidad y rectitud, entonces aquel mismo poder poniéndose en salvaguardia de los intereses comunales, los suprime y asume el mando hasta tanto pase el mal que aqueja á este organismo.

Tal ha sucedido en Nueva York, como hace notar el señor Altamira: «con la dictadura de Mr. Strong reflexivamente promovida por los vecinos resueltos, que libres de la inmoralidad reinante en su ayuntamiento, deseaban barrerlo de una vez.»

Y entre nosotros, recientemente con el Concejo Deliberante ha pasado algo análogo, con la diferencia que aquí fué el Congreso Nacional á propuesta del Poder Ejecutivo quien lo suprimió. Había llegado á tal grado la degeneración, que el gobierno nacional se vió en la imprescindible necesidad de suprimir la institución y reemplazarla por ciudadanos probos y honestos.

Concluído de tratar lo concerniente á la tutela de los pueblos, réstanos ahora el punto referente á quién puede desempeñar esta tutela ó sea el asunto relacionado con lo que la historia llama el sujeto histórico ó teoría del grande hombre.

sido frecuente el caso de que un pueblo haya tenido que recurrir á la revolución ó la guerra para derrocar al dictador convertido en tirano.

El verdadero dictador, para ser tál, debe contar con el beneplácito del pueblo, ya tácito ó explícito, según que se haya erigido él mismo por el llamado golpe de estado, ó bien lo haya elegido el pueblo reflexivamente.

Como la causa que lo origina es siempre un estado anormal de la sociedad, debe apresurarse á dimitir una vez que todo haya vuelto á su quicio y tan pronto como el mal ó los males que lo originaron hayan desaparecido, de lo contrario, corre peligro de degenerar y perder el carácter para que fué elegido.

Es natural que el dictador supone un gran patriota, un hombre probo, inteligente, generoso, paciente, ilustrado y de un carácter recto y justo. Sin estas condiciones no existe dictador, sinó cualquier otro engendro.

Como dije al principio, no solo la dictadura se manifiesta en los Estados, sinó que suele producirse en los organismos inferiores, como son los municipios, en donde el vecindario cansado de soportar la corrupción de los funcionarios llamados á regir la comuna consienten en eliminarlos violentamente y sustituirlos por un hombre de sano criterio y juicio recto; ó cuando las autoridades comunales dimanen de un poder superior que por ley especial las ha creado y llega

cierto momento en que ni el pueblo es capaz de sostener la institución en la altura que se debe, ni los funcionarios cumplir la misión con honestidad y rectitud, entonces aquel mismo poder poniéndose en salvaguardia de los intereses comunales, los suprime y asume el mando hasta tanto pase el mal que aqueja á este organismo.

Tal ha sucedido en Nueva York, como hace notar el señor Altamira: «con la dictadura de Mr. Strong reflexivamente promovida por los vecinos resueltos, que libres de la inmoralidad reinante en su ayuntamiento, deseaban barrerlo de una vez.»

Y entre nosotros, recientemente con el Concejo Deliberante ha pasado algo análogo, con la diferencia que aquí fué el Congreso Nacional á propuesta del Poder Ejecutivo quien lo suprimió. Había llegado á tal grado la degeneración, que el gobierno nacional se vió en la imprescindible necesidad de suprimir la institución y reemplazarla por ciudadanos probos y honestos.

Concluído de tratar lo concerniente á la tutela de los pueblos, réstanos ahora el punto referente á quién puede desempeñar esta tutela ó sea el asunto relacionado con lo que la historia llama el sujeto histórico ó teoría del grande hombre.

CAPITULO III

EL GRANDE HOMBRE

TEORÍAS INDIVIDUALISTAS

Consideraciones generales.—Altamira.—Teorías de Carlyle, Hegel, Cousin.—Crítica de Fouillée.—Teoría de Bossuet.—Teorías de Hennequin, Richet, Brunetier, Lombroso, Max Nordau, Stuart Mill, Odin.—Opinión de Guyot.—Teoría de Groussac.—Teorías de Rank, Lehman, Schaefer y Gothein.—La escuela positiva y el grande hombre.

El asunto que ahora pasamos á estudiar es tal vez uno de los problemas que más preocupa á los historiadores, los que hasta la fecha no han podido ponerse de acuerdo sobre él. El campo de la discusión es muy amplio, y en él caben las más variadas teorías y doctrinas. El problema es árduo y de no fácil solución. Por un lado la tradición y el conservatismo hacen que muchos historiadores, críticos y filósofos defiendan con todo el vigor de su talento é ilustración á los grandes hombres como representantes de la humanidad, considerándolos como el verdadero sujeto histórico y haciendo de la colectividad una

entidad sin valor, insignificante, incapaz de existir por sí sola y de todo progreso moral y material. Y por otro lado las teorías modernas, que en lucha abierta con las antiguas, tratan de reformar la historia tal como se ha considerado hasta ahora. Para estos historiadores, el sujeto histórico sería la colectividad, la masa, de quien proceden todos los individuos, por superiores que parezcan, y sin cuyo concurso no se explica ni la obra de estos ni aun su aparición en el mundo. Esta manera tan radicalmente opuesta de considerar el sujeto histórico ha encontrado sus intermediarios, esto es, historiadores y filósofos que no participando de ninguna de las dos teorías han optado por conciliarlas y encontrar así una fácil solución al problema, «dirigiendo sus investigaciones, no á negar ó afirmar sistemáticamente el papel del genio y de las colectividades en la historia, sinó á discernir cuales elementos aporta cada uno y, qué ley rige la influencia y reacción mútuas que entre ambos se producen».

«En el fondo todos ó casi todos los autores que han resucitado en nuestros días el problema reconocen que á la producción del movimiento histórico concurren activamente, aportando elementos y energías esenciales, el genio y la colectividad. Las diferencias señalanse en cuanto se trata de determinar cuales sean los elementos que proceden de la masa y cuales los que trae el genio, ó sea, la parte de acti-

vidad que cada factor aporta, creyendo algunos que la iniciativa del genio necesita para ser eficaz de la conformidad con el «clima histórico», con el estado latente de las conciencias, al paso que otros suponen, que la colectividad, enteramente ajená en un principio á la idea del genio, vá lentamente recibéndola, asimilándola, hasta que la hace suya, y solo entonces llega el momento de la acción fecunda y sólida». (1).

Esta manera de encarar la historia, es, puede decirse, reciente, y se funda en las investigaciones que de los hechos producidos al través del tiempo, han hecho algunos historiadores y sociólogos que, no conformándose con seguir la antigua rutina de atribuir á un solo hombre los más grandes acontecimientos, han querido poner en claro la parte de gloria que le corresponde al individuo y la que le corresponde á la colectividad.

Se ha llegado por este método, á descubrimientos verdaderamente sorprendentes. Por su parte los individualistas reconocen un abolengo muy remoto, pues desde los primeros tiempos, desde que se empezó á escribir historia, los hechos siempre se han agrupado alrededor de algún personaje, que podrá ser un héroe, dios ó semi-dios á quien atribuían todo el éxito en la empresa. La historia, era, así concebida, la historia de un individuo, una historia biográfica. Esta forma ha persistido hasta nuestros días y aun

(1) Altamira.—De historia y arte.

actualmente se estudia la historia con este criterio. En Egipto, Asiria, Persia, Grecia y Roma, la historia no es sinó la biografía de sus reyes, cónsules, emperadores y jefes; el pueblo no se cuenta para nada, es rebaño que obedece automáticamente á sus pastores.

En nuestros tiempos no han faltado historiadores, filósofos y críticos, que exagerando la importancia de los grandes hombres han tratado la historia de la humanidad como un producto exclusivo de aquellos, no viendo en la masa sinó entes pasivos á quienes no se debe tomar en cuenta.

Uno de los que ha dado la más alta nota en este sentido es quizá el historiador inglés Carlyle, el que considera á los héroes en sus distintas formas: religiosa, artística, política, militar, como la encarnación de la humanidad, en quienes se halla condensada la acción humana, por cuyo motivo la historia universal debiera ser, según él, la historia de los grandes hombres. «Pues como yo la entiendo, la Historia Universal, la historia de lo que el hombre ha hecho en este mundo, es en el fondo la Historia de los Grandes Hombres que han trabajado aquí bajo. Ellos han sido los conductores de los hombres, los modeladores, los patrones, y en un sentido lato, los creadores de todo lo que la masa general de los hombres ha podido esforzarse en hacer ó alcanzar; todas las cosas que vemos cumplidas en el mundo son propiamente el re-

sultado material exterior; la realización práctica y la encarnación de pensamientos, que habitaron, vivieron mejor, en los Grandes Hombres, enviados al mundo: el alma de la historia del mundo entero, se puede admitir con justicia, sería la historia de éstos.

Un consuelo, es que los Grandes Hombres, de cualquier manera que se les tome, son compañía provechosa. No nos podemos ocupar, sea esto imperfectamente, de un grande hombre sin ganar algo con él. Es viva fuente de luz, cerca de la cual es bueno y agradable encontrarse. De luz que ilumina, que ha iluminado las tinieblas del mundo, y esto, no como una lámpara encendida soñamente, sinó como luminar natural, brillando por don del cielo; una desbordante fuente de luz, como he dicho, de intuición nativa y original, de virilidad y nobleza heroica; en cuya irradiación todas las almas sienten que están bien.» (1)

Como se vé, para Carlyle el Grande hombre es un ser distinto de los demás hombres, es sobrenatural, enviado del cielo, providencial. Vive aislado y lo que produce es suyo, original, espontáneo, no reconoce factores concurrentes naturales ni artificiales. Es el espejo donde la humanidad se refleja y se reconoce. Sin él, el mundo viviría sumido en las tinieblas.

El eminente filósofo alemán, Hegel, considera al grande hombre como un producto providencial, como

(1) Carlyle.—El Héroe.

algo distinto de los demás hombres y á quien los pueblos siguen ciegamente por encarnar las aspiraciones de todos. «Siendo el grande hombre el símbolo de la idea, tiene el derecho con la fuerza: puede entonces considerar todo el ser humano como una materia que él se apropia y de la cual crea su individualidad, su cuerpo. El signo auténtico del derecho de los genios, es el éxito, que se reconoce en el poder, en la gloria, en la victoria. El poder del grande hombre es legítimo en tanto que él crea ó conserva los Estados. Jamás los Estados se han constituido por contrato; es el sublime poder del grande hombre el que los ha creado. Los otros hombres obedecen al genio sin quererlo: su voluntad espontánea es la suya, aunque suceda lo contrario con su voluntad reflexiva. La superioridad del grande hombre es conocer la voluntad absoluta y expresarla. El pronuncia la palabra y todos la repiten; dá el primer paso y el mundo le sigue. Por tanto esta iniciativa del genio no es sinó una apariencia: su fuerza individual no es sinó la fuerza general de la cual él es el instrumento y el símbolo.»

Para Cousin «todos los grandes hombres han sido más ó menos fatalistas; el error está en la forma y no en el fondo de su pensamiento; sienten, en efecto, que no están donde están por su sola cuenta. El genio está al servicio de un poder que no es el suyo, pues todo poder individual es miserable y ningún

hombre se rinde á otro hombre; el pueblo sirve á quien le sirve. El grande hombre no es sinó el instrumento de aquellos á quienes manda, de aquellos mismos á quienes trata de oprimir. De allí su poder y su derecho que se reconoce en dos signos: el éxito en la vida, la gloria despues de la muerte. El que no tenga éxito no es útil en el mundo y pasa como si no hubiera existido jamás.»

Para Cousin los más grandes son los que han ganado más batallas.

Estos autores consideran al grande hombre como un ser que obra bajo el influjo de un poder necesario y fatal. De esta manera se le quita en realidad el sello de grande hombre para considerarlo como un instrumento ciego en manos de un poder sobrenatural. Fouillée ha hecho la crítica en las siguientes palabras: «Hegel y sus discípulos ó imitadores parten de un principio justo del cual no deducen las verdaderas consecuencias. Todo genio, es en efecto, una maravillosa armonía de la individualidad y de la universalidad» y esta doble fuerza es la que hace su grandeza. Ser grande, es ser uno mismo y es ser todos los demás; es tener una personalidad, una fisonomía original y llevar sin embargo en sí algo impersonal donde todo el mundo se reconoce; en una palabra, es concebir un pensamiento propio que es al mismo tiempo el pensamiento común á todos.

Ahora ¿dónde puede encontrarse esta universa-

lidad que hace la grandeza del genio sinó en la unión del espíritu individual con el espíritu de la humanidad entera? Hegel y sus discípulos lo reconocían desde luego y concluían por identificar al grande hombre con el espíritu de su tiempo, con el de su país, con el de su pueblo, cosas limitadas, pasajeras é incompletamente verdaderas, que ellos erigen á pesar de todo, en momentos necesarios de la evolución universal. Ellos conciben así al genio como á un hombre-pueblo, cuando es necesario, si se permite decirlo, un hombre-humanidad. Desde entonces el poder del grande hombre ño es más que el poder más ó menos frágil de una nación y de una época, poder que se manifiesta en ella con demasiada frecuencia bajo una forma brutal y guerrera.

En lugar del héroe del derecho no se tiene sinó héroes de la fuerza.

Al mismo tiempo que se le quita al genio su verdadera universalidad, se le quita su verdadera individualidad. Si los grandes hombres no son sinó los instrumentos de un poder necesario y fatal ¿en qué son grandes, y de qué superioridad personal pueden jactarse? ¿Acaso se alaba la espada de la poderosa mano que sirve?» (1).

Como se vé, Fouillée rechaza estas teorías, pues no acepta que se le llame grande á un hombre que no obra por su propia cuenta, sinó que recibe su poder

(1) Fouillée.—La idea moderna del derecho.

de otro que no es él. Y es lógico, pues ¿en qué es grande un autómeta?

Bossuet, en su discurso sobre la Historia Universal, considera también al grande hombre como un ser providencial, como un ser predestinado mandado por Dios al mundo para cumplir cierta y determinada misión. Para él, los reyes y los príncipes son los encargados de cumplir la voluntad de Dios en la tierra. Este se sirve de aquellos como la mano de la espada. Aparecen en el mundo como por arte de encantamiento. Cuando un pueblo ha desobedecido la voluntad de Dios, éste envía uno de aquellos hombres á la tierra, quien acaudillando á otro pueblo, previamente elegido, le mueve feroz guerra, lo abate, lo destruye y desaparece así del mundo, y todo con el beneplácito del Ser Supremo. Esta teoría encuadra también dentro de la crítica de Fouillée.

Era natural que Bossuet considerase así la historia de los pueblos, dado el atraso de las investigaciones históricas y el espíritu religioso que informaba á la época.

Para nosotros son muchos los factores que concurren á explicar el fenómeno de la desaparición de los pueblos de la antigüedad.

Otros autores sin creer en el providencialismo, sostienen que el genio es ageno á la raza y al medio, y que solo «el principio de individuación hace aparecer en un momento dado en el grupo social una per-

sonalidad, dotada de una constitución mental y probablemente cerebral, particular, manifestada por obras, actos, palabras.» (1)

Hennequin, en su obra, *La Crítica Científica*, sostiene tal teoría en contra de las opiniones de Taine.

Después de hacer un estudio sobre artistas y escritores célebres que no han sido comprendidos en su época ó que no han sido apreciados en su patria, que muchos son más conocidos fuera de su patria que en ella y que algunos, mientras son despreciados en su propio país en el extranjero se les admira, etc., dice: «Estos ejemplos no pueden ser explicados por la teoría de la raza ni por la teoría del medio. Completados por todos los hechos análogos que se encuentran en la historia artística desde su nacimiento, estos fenómenos demuestran que no existe ninguna relación fija entre un autor y su raza ó su medio.» Y agrega: «Hemos citado el número de argumentos que nos parecen contrarios á las teorías de Taine, el hecho que en un mismo medio y una misma raza autores y artistas han vivido, cuyas obras tienen caracteres absolutamente contrarios entre ellos, excelentes por cualidades adversas y recurren á emociones y á efectos incompatibles. Ahora sucede que libros y obras tan diversas obtienen éxito, éxitos iguales en un mismo medio. Actualmente, la música, la pintura y la literatura en Francia comprende el triunfo de los más

(1) Hennequin.—*La Critique Scientifique*.

diversos artistas en esas artes. Se celebra igualmente á Renán y Taine, Zola y Ohnet, Coppée y Leconte de L'Isle, Puvis de Chavannes y Cabanel, Gounod y Saint-Saens, Dumas y Labiche, etc.. Es evidente que artistas de un talento tan contrario no pueden representar el mismo medio, es necesario admitir que representan medios diversos como ellos mismos, que hay tantos medios como artistas y que nacen tanto de los unos como de los otros. En efecto, es evidente, que estos medios lejos de haber formado á los artistas, desde que ellos no tienen existencia anterior conocida, han sido formados por ellos, con ocasión de la producción de sus obras. Cuando fueron expuestos los grandes frescos de Puvis de Chavannes, una parte del público se complacía en su estilo, se agrupó alrededor del pintor é hizo su gloria. Y lo mismo para los otros artistas contemporáneos y para los casos análogos de la «historia»; y sigue más lejos: «Vemos claramente, como un artista, libre de la influencia de la raza, del gusto, de las costumbres y del ambiente, crea una obra que es el signo de su alma, de una alma cuyo carácter no es ni nacional, ni actual, ni conforme á aquellos cuyas obras están en el apogeo del éxito; destaca de la masa vaga del público, y atrae hacia él, como por una fuerza magnética, una multitud. Esta multitud lo rodea porque él la expresa, ella existe porque él ha aparecido; el centro de fuerza está en el carácter abstracto de semejanza que puede

existir entre un artista y sus contemporáneos. Y sigue más adelante: «No sabemos como se producen estos grandes hombres; la ley que rige el nacimiento y naturaleza de los genios y de los talentos nos es desconocida; sabemos solamente que ninguna de las hipótesis que se han emitido sobre estas leyes dan cuenta de todos los hechos. Pero una vez nacido el genio, desenvuelto, productor, comienza un juego de repulsión y atracción que nos es accesible.»

Hennequin se rebela contra la teoría de la historia, que desde el principio del siglo 19, ha empezado á considerar á las masas como sujeto histórico en contra de la antigua teoría que todos los hechos los atribuía á una sola persona. «Sería difícil, dice, encontrar una concepción más falsa y más fácilmente admitida que ésta de la separación de los dos elementos que contribuyen á todo acontecimiento histórico — el jefe y la masa — y de la preponderancia del segundo sobre el primero.»

«La gloria de un artista y la victoria de un héroe son fenómenos análogos y se descomponen en dos hechos: el uno de individuación que realiza y erige en la masa un tipo; el segundo de imitación, de adhesión, de aprobación, de admiración, que agrega á este tipo todos los similares inferiores; estos se asocian á aquellos en virtud de la fuerza elemental y universal de atracción que une á todos los semejantes y los grupos alrededor de los más semejantes.»

Por lo que dejo expuesto se vé que Hennequin no acepta ningún factor concurrente en la formación de los grandes hombres; para él nacen, y todo lo que producen es obra exclusiva y original de ellos. La raza, el medio, las costumbres, las grandes obras, no influyen en él. Son focos que brillan con luz propia á manera de otros tantos soles. No solo no influye el medio sinó que ellos lo forman. No es la masa la que le dá la inspiración, sinó él, por su obra se atrae la admiración y adhesión de la masa. Según él, el genio produce sus obras sin que la masa las haya pensado ni sentido.

De un modo análogo se manifiesta Richet (1) cuando dice «Es árduo y difícil definir el hombre de genio. Nadie sabría establecer un límite absoluto, una distancia formal entre el hombre de genio y el hombre mediocre. Pero esto se repite en cada clasificación. No renovemos entonces, el viejo sofisma de los griegos para quienes no existían hombres calvos, desde que no se puede calcular el número exacto de cabellos, cuya ausencia constituye la calvicie. Entonces no busquemos el límite y consideremos los hombres cuyos genios es incontestado como Pascal, Dante, Shakespeare, Newton, Victor Hugo, Goethe, Leonardo de Vinci, Rafael, Napoleón, etc. Ahora, lo que caracteriza á estos grandes hombres es su diferenciación del ambiente que los circunda. Ellos ven

(1) Citado en el prefacio del *L'uomo di genio*.—Lombroso.

mejor y sobre todo de otro modo que la generalidad de la gente. Este carácter de originalidad es indispensable al genio. Es cosa tan evidente que parece casi una ingenuidad decirlo. El genio no se adquiere con grandes esfuerzos, nace espontáneamente. Poned juntos los 300.000 niños de once años que están aprendiendo la gramática ó el sistema decimal, toda su paciencia reunida no hará lo que Pascàl hizo casi jugando á la misma edad. Hay pues, en el pensamiento del hombre genial un algo de grandioso, de extraordinario y por consiguiente de extraño. Es precisamente este carácter extraño el que se encuentra en el pensamiento de los locos.»

Y Brunetier (1) declarándose partidario decidido del grande hombre, dice: «El genio no puede estar sujeto á leyes porque es la más alta de las formas humanas, y por tratarse de la individualidad, ya que el poder de la ciencia concluye donde empieza la individualidad. El genio y la santidad no tienen leyes porque son cosas particulares. La santidad es la virtud más algo que no tiene sinó el Santo» y agrega: «única característica del genio es su diferencia, ó sea singular aptitud, que lo distingue y aísla de todos aquellos que parecen tener aptitudes semejantes á él. Este individualismo del genio hace que todas las teorías sobre el genio aborten.»

Para Richet y Brunetier, el genio es algo extra-

(1) Citado por Lombroso en "L'uomo di genio".

ordinario que escapa á toda ley; es un producto espontáneo de la naturaleza que nace como nacen todos los demás hombres. Pero que trae en su cerebro la clarividencia y la inventiva que no tienen los demás, factores que hacen de él un ser excepcional. Si atendemos á la edad en que todos ó casi todos los grandes hombres han revelado su genio no sería dudoso admitir con estos autores que el genio nace.

Otro de los pensadores que se ha ocupado del genio haciendo de él un análisis detenido, tratando de investigar su origen, su modo de vivir, su manera de producir y en una palabra sus cualidades físicas, morales é intelectuales, es el célebre antropólogo italiano, Lombroso. (1)

Para Lombroso el hombre de genio tiene mucha analogía con los locos y deduce esta consecuencia después del detenido estudio que hace sobre muchos sabios, artistas, políticos y militares. Encuentra que muchos son neurasténicos, otros epilépticos y varios padecen de verdaderas manías. Además, en el estudio que ha hecho sobre el cráneo y cerebro de algunos grandes hombres, encuentra que ellos presentan ciertas peculiaridades que salen de lo común, modificaciones que bien pueden ser la causa del genio, de donde tendríamos que Lombroso afirma la creencia de Richet, que el genio nace, porque para ser tal, su cerebro debe presentar particularidades que la gene-

(1) Lombroso.—“L'uomo di genio.”

ralidad de los hombres no tienen. Sin embargo, este gran pensador atribuye el genio á causas climatéricas y atmosféricas, influyendo también en gran manera, la constitución física del terreno.

Otro eminente escritor, clasificado como uno de los más hermosos talentos de su época por Lombroso, Max Nordau, en su libro *Psicofisiología del Genio y del Talento*, expone su pensamiento sobre el hombre de genio ó grande hombre. Para Nordau el genio nace, no se hace. Viene al mundo con los gérmenes cuyo simple desarrollo dará lugar á la producción de las grandes acciones. No necesita ser profesor, ni erudito para producir su obra maestra, pues ella resulta sin esfuerzo, espontaneamente; «se produce como el manzano produce las manzanas porque su disposición orgánica lo empuja á producirlas.» (1)

«El genio reposa entonces sobre un desenvolvimiento primitivamente superior.»

«El genio no es un tipo normal, se halla desenvuelto á causa de condiciones favorables. El genio es una formación extraordinaria que no entra en las formaciones normales. Reposo sobre el desenvolvimiento particular de un centro nervioso y también posiblemente de muchos y aún de todos. El cumple en consecuencia de una manera extraordinariamente perfecta todas las actividades á las cuales presiden los centros excepcionalmente desenvueltos en él, mucho

(1) Max Nordau.—*Psicofisiología del Genio y del Talento*.

más perfectamente que hombres del tipo medio, hubiesen llevado por el ejercicio sus centros correspondientes al más alto grado de perfección que les es accesible.»

«El genio reposa exclusivamente sobre la perfección excepcional de los centros cerebrales supremos y por consiguiente puramente humanos de los cuales consideramos como funciones el juicio y la voluntad. Juicio y voluntad, estos son en último análisis, las facultades cuya cooperación eleva al hombre más arriba que el nivel de los animales y cuyo desenvolvimiento excepcionalmente poderoso eleva al genio por sobre el hombre ordinario. Solo por el juicio y la voluntad el genio es genio.»

«Un poderoso desenvolvimiento de los centros del juicio y de la voluntad, he ahí las bases del fenómeno que se llama genio.»

La obra del genio da lugar «al nacimiento de todo un conjunto de seres parasitarios.»

«Primero aparecen los imitadores que repiten y varían más ó menos diestramente la primera obra. Después se fundan las escuelas críticas y estéticas, y por fin aparecen los historiadores de la literatura.»

Nordau clasifica á los genios según el grado de elevación y fuerza de unión en que se hallan el juicio y la voluntad en un individuo. Los más altos entre los genios, para él, son aquellos que reúnen la genialidad del juicio al de la voluntad. Son los hombres

de acción: grandes legisladores, organizadores de estados, revolucionarios, los grandes capitanes y los conquistadores.

En segundo lugar vienen los genios de juicio con un buen pero no genial desenvolvimiento de la voluntad: los investigadores, experimentadores, descubridores é inventores.

El tercer lugar lo ocupan los puros genios de juicio sin desenvolvimiento de la voluntad: los pensadores y los filósofos. Vienen por fin los genios emocionales: los poetas, músicos, pintores y escultores, ó sean los llamados artistas.

Para Max Nordau, pues, el genio depende de la constitución psicológica del individuo y especialmente del desarrollo de ciertos centros cerebrales. De modo que el grande hombre es el producto de sí mismo y no del medio ambiente ni de la época. Ellos pueden aparecer en cualquier medio y en cualquier época y sus obras, siendo producto de su pensamiento original, podrán diferir del ambiente y del momento, ya que para él «un genio es un hombre que imagina actividades nuevas aún no practicadas hasta él ó practica actividades conocidas según un método enteramente propio y personal.»

El eminente filósofo inglés Stuart Mill (1) dedicando parte de su atención á este problema concluye

(1) Stuart Mill.—Lógica.

por aceptar al grande hombre en contra de la opinión de Macaulay que lo niega.

Contestando á un pasaje de Macaulay expuesto en Dryden, Mill dice: «Llevando más lejos la metáfora se seguiría que si no hubiese habido un Newton, el mundo, no solamente hubiera tenido el sistema Newtoniano, sinó que lo hubiese tenido con tanta rapidez como aquello produjo; absolutamente lo mismo como el sol se hubiera levantado para los espectadores colocados en la llanura si no hubiese habido delante de ellos montañas para recibir más pronto sus primeros rayos.

Y ello sería así, si las verdades se levantasen como el sol, por su movimiento propio y sin esfuerzo humano, de otro modo no. Yo creo que si Newton no hubiese vivido, el mundo hubiera debido esperar la filosofía newtoniana hasta cuando llegase otro Newton ó su equivalente. Ni un hombre ordinario, ni una serie de hombres ordinarios, hubieran podido cumplir esta obra. No llegaré hasta decir que lo que Newton ha hecho en una vida, alguno de los que le han sucedido, y cada uno de los cuales, tomado aisladamente, le era inferior en genio, no hubiera podido hacer por etapas sucesivas. Pero el menor de estos pasos no podía ser hecho sinó por un espíritu superior. Los hombres eminentes no se contentan con ver brillar la luz en la cima de la colina; suben sobre esa cima y llaman al día; y si nadie hubiese subido

hasta allá, la luz en muchos casos no habría podido brillar jamás sobre la llanura. Hay muchas causas generales para la religión y la filosofía y sin embargo, pocos dudan que si no hubieran existido Sócrates, Platón ni Aristóteles, no hubiera habido filosofía durante los dos mil años que han transcurrido desde entonces ni aún después según toda probabilidad; y si no hubiera existido Cristo ni San Pablo, no hubiera habido Cristianismo.»

«El punto sobre el cual la influencia de las individualidades eminentes es sobre todo decisiva, es la aceleración del movimiento. En la mayor parte de los estados sociales es la existencia de los grandes hombres la que decide de un progreso cualquiera.»

Stuart Mill sin detenerse en averiguar cómo, ni por qué aparece el grande hombre, acepta y defiende su existencia, creyéndolos de suma importancia para la marcha de la humanidad, pues de ellos depende su progreso más ó menos rápido; son los verdaderos aceleradores. Por otro lado no concibe á la humanidad sin grandes hombres, porque todo lo que existe de más grande y hermoso en las ciencias y en las artes reconoce siempre la paternidad de algún hombre superior.

Otro de los escritores que trata y estudia al grande hombre especialmente bajo el punto de vista literario, es el profesor Odin. En su «Génesis de los Grandes Hombres», estudia los hombres de letras de

Francia desde el año 1300 hasta 1830, en donde encuentra 6382 hombres dignos de estudio, pero 44 solamente merecen el nombre de genios.

Odin nos dá al grande hombre como «autores de primer orden» y los caracteriza así: «Los hombres que han ejercido una gran influencia sobre los contemporáneos y sobre la posteridad y han continuado siendo hasta nuestros días tan populares ante el público letrado, que se debe considerar á su nombre como inseparable de la literatura francesa.»

Encuentra que nadie ha definido al grande hombre ni se puede definir y se contenta con considerarlo como un ser superior á los demás. Lo estudia investigando su origen y los factores que intervinieron para producirlo. Emplea el método estadístico.

En cuanto á la conclusión positiva sobre el origen del grande hombre, es esta: «Hemos podido determinar poco más ó menos cual es el medio indispensable para el desenvolvimiento del talento literario. Es una buena educación hecha posible por ciertas circunstancias sociales y económicas ventajosas; en otros términos, un medio social conveniente. Este es el resultado capital al cual han llegado nuestras investigaciones.»

Para él los dos factores son: la herencia y el medio. Pero éste tiene más fuerza y modifica constantemente al primero y obra como un enemigo. El

medio es la fuerza modificadora del individuo y de la herencia. Es partidario del medio.

Sostiene que una educación conveniente en un medio ventajoso hace más que la herencia para la aparición del genio.

Yves Guyot, en el Prefacio á los «Problemas de la Historia de Mougeolle», expone también sus ideas sobre el grande hombre. Opina que existen y que no es posible hacer abstracción de ellos, pues de hacerlo así la historia cambiaría, no sería lo que es.

Acepta que el medio influye notablemente sobre el individuo; pero también sostiene que el hombre influye en gran manera sobre el medio y lo modifica. «Todo hombre tiene una acción sobre el medio social en el cual se encuentra, sobre su mujer, sobre sus hijos, sobre su vecino y recíprocamente. Los más fuertes, los más enérgicos, los más hábiles, hacen reflejar su acción sobre un círculo más amplio, por la fuerza, como Alejandro ó César; por el libro como Platón ó Aristóteles; por la palabra, como San Pablo. Se le llama grande hombre á aquel cuya acción es más enérgica, más decisiva, más extensa sobre sus contemporáneos ó la posteridad.»

«Los grandes hombres, reúnen, condensan y llevan á su máximo de intensidad los actos, las ideas, las tendencias, las aspiraciones esparcidas entre sus predecesores y sus contemporáneos.»

«Si la teoría de Carlyle y de los tipos de Emer-

son debe ser rechazada, no se puede, sin embargo, suprimir del desenvolvimiento humano las grandes individualidades. Quitad de la historia á Napoleón y Voltaire, ¿será idéntica? Las palabras de Floro no son inexactas: «Tanto vale el general, tanto vale el ejército.»

El señor Groussac, se declara también partidario del genio, «el que no es necesariamente un indicio absoluto de superioridad intelectual, sinó una «facultad», un poder aislado y exclusivo, localizado no pocas veces y dotado de extraordinaria energía: verdadera *llamada* ó *vocación*, cuyas manifestaciones é impulsos casi instintivos é irresistibles se apartan singularmente de los del talento habitual. Pueden admitirse estados de civilización tales que produjeran el talento en la mayoría, como ha sucedido en Italia con los pintores del siglo 16; con los escritores españoles del siglo 17 y con los artistas franceses del siglo 18; pero ningún estado de civilización bastaría para elaborar un hombre de genio.»

«El hombre de genio está en lo absoluto y definitivo; no hay evolución humana — en los límites actuales de nuestro entendimiento — que pueda reducir á Galileo ó á Newton á la estatura común.»

De modo que para Groussac el genio nace, no es un producto que resulte de la concurrencia de varios factores, como son la herencia, el medio, la educación, etc. Ni tampoco es el resultado de la evolución,

sinó que es algo que trae consigo al nacer: «facultad» «llamada» ó «vocación», lo que le hace obrar y producir sus grandes obras.

(1) A muchas y acaloradas discusiones ha dado lugar en Alemania el problema que nos ocupa sin que hasta la fecha se hayan puesto de acuerdo las distintas teorías en que se ha dividido el campo.

Por un lado los que sostienen la escuela tradicional, los sostenedores del grande hombre ó individualistas, y por otro, la escuela, que nacida á raíz de las investigaciones históricas, trata de quitar al grande hombre el prestigio de que ha gozado hasta ahora para devolvérselo á la colectividad de quien, según ellos, todo ha salido. Entre los primeros, tenemos al célebre historiador Rank y sus discípulos, quienes han llegado á hacer de la especie humana dos partes, la una, donde colocan á los hombres célebres, ó aquellos que han ejercido, según ellos, una acción preponderante sobre la marcha de las cosas; la otra, en la cual arrojan la muchedumbre desconocida al mismo tiempo que los mil pequeños hechos que no atraen la atención.

Entre los historiadores modernos, Lehemann y Schaefer están ligados á esta doctrina. «El historiador, dice este último, concibe ante todo al hombre como una individualidad y no como el representante

(1) Congreso de historia reunido en Innsbrück, *Revue historique*, año 1897, tomo 65.

de su especie. Lo que estudia y describe son definitivamente los actos libres, que hacen salir al individuo del medio en el cual se mueve y hace de él un guía ó un adversario. El historiador, sin duda, no descuida el estudio del medio, de otro modo no comprendería al individuo; pero él no tiene verdaderamente hechos históricos sinó allí donde el acto individual se eleva sobre los actos uniformes é insignificantes de la muchedumbre.»

De esta manera los discípulos de Rank defienden al grande hombre considerando á la masa anónima como insignificante y sin valor alguno para la marcha de la humanidad. Gothein, otro discípulo, declaró en el Congreso «que á su juicio, el estudio de la historia del mundo prueba que la humanidad ha sido llevada por ideas más que por hechos, y que los grandes hombres tenían una parte preponderante en la evolución de la humanidad.»

Concebida así la historia se reduciría á la simple biografía de los hombres considerados como célebres. Estudiados en sus distintas manifestaciones, en su manera de pensar y obrar, se tendría estudiada la época en que actuaron. Pero la historia mismo nos demuestra que para estudiar una época es necesario no solo fijarse en aquellos hombres que descuellan y marchan á su cabeza, sinó que se debe descender al pueblo y verlo como piensa, obra y siente, y solamente con todos estos datós se podrá hacer la verdadera his-

toria de la humanidad, pues de lo contrario siempre se tendrá una historia biográfica.

El grande hombre también ha sido sostenido por la escuela positiva, la que lo considera como el factor más importante de su progreso. Se han formado calendarios en los que figuran los nombres de aquellas personalidades que más se han distinguido en la humanidad.

En una obra recientemente publicada, (1) se divide á la historia de la humanidad en varias épocas y períodos de acuerdo con la escuela Comptean, y al frente de cada época ó período se colocan los grandes hombres causantes de su progreso. De modo que la civilización tiene como representantes á unos cuantos hombres merced á los cuales la humanidad se ha desenvuelto.

Bajo este punto de vista esta escuela es individualista.

Como se habrá observado, en este capítulo hemos expuesto las doctrinas y teorías que han sostenido y sostienen al grande hombre como sujeto histórico, ahora entraremos á estudiar las doctrinas opuestas, esto es, las que sostienen la personalidad de la masa como sujeto de la historia, para emitir en un tercer capítulo nuestra opinión respecto de asunto tan importante.

(1) Bombard.—El Grande Hombre y la marcha de la humanidad.

CAPITULO IV

CONTINUACIÓN DEL GRANDE HOMBRE

TEORIAS COLECTIVISTAS

Consideraciones generales.—El grande hombre y la masa.—Teorías de Macaulay, Le Bon, Gumplowicz, Taine, Kidd, Worms, Lamprecht, Pirenne, Monod.—Congreso de Innsbrück por Blondel.—Teoría de Hartmann.—Teoría de Mougeolle.—Opinión de Fouillée.

Entraremos á considerar en este capítulo á los historiadores que oponiéndose á las teorías del grande hombre como sujeto histórico, asignan á la masa el papel de tal, ó por lo menos, la colocan en el primer lugar en la historia de la humanidad.

Muchísimos son los escritores de clarísima inteligencia y vasta ilustración, que dirigiendo sus investigaciones en el sentido de esta nueva interpretación de la historia, se han declarado partidarios entusiastas de la colectividad, de cuya lenta evolución hacen derivar la civilización, llegando á colocar al grande hombre al nivel de la generalidad, cuando no, de meros copiadore, usurpadores ó ladrones de lo ageno.

Otros, considerando á la masa como el elemento

principal de la historia, consienten en reconocer al grande hombre cierta importancia y le asignan el papel de receptores ó guías, que, apoderándose de las ideas del ambiente difundidas en la masa, las elaboran, las concretan, las definen y las lanzan nuevamente á la colectividad, y, por fin, creen algunos que el grande hombre y la masa se complementan, que ni el uno ni el otro pueden existir aislados, pues, ambos se necesitan para progresar, aunque el grande hombre no sería sinó la ola algo más elevada que al fin viene á confundirse con las demás.

En este capítulo como en el anterior, nos limitaremos á exponer doctrinas y teorías, porque dada la importancia del problema y lo discutido que hasta la fecha ha sido por grandes ingenios, nos excusa de emitir juicio propio, que por otro lado no sería sinó uno más de los que se han emitido, y no la solución, cosa que no es posible pretender con los estudios que se tienen hechos sobre el punto.

Comenzaremos por Lord Macaulay, quien es bastante radical al respecto. En su estudio sobre Dryden dedica algunos párrafos á este asunto, en los que se demuestra partidario decidido de la masa.

Dice Macaulay: (1) «Puédese no obstante, decir de Dryden, como de la mayor parte de aquellos hombres que se han distinguido en las letras ó en la política, que la línea de conducta seguida por él, y los

(1) Macaulay.—Estudios críticos.—Dryden.

resultados obtenidos, antes fueron obra de las circunstancias en que se halló, que de sus cualidades personales. Pues hartos saben los que leen la historia con inteligencia cuanta es la falsedad contenida en los panegíricos é invectivas que atribuyen á ciertos individuos las grandes revoluciones morales é intelectuales, la subversión de los sistemas establecidos y el nuevo carácter que toman los siglos; porque las diferencias entre los hombres no son tan grandes como lo entiende supersticiosa muchedumbre, siendo lo cierto solamente que los mismos afectos y pasiones que daban por resultado en la Roma Pagana la apoteosis de un emperador popular, son los que han movido á los hombres en todo tiempo á fomentar ilusiones que sean eficaces á ponerlos en el caso de adorar alguna cosa, y sigue en otro lugar: «No son los hombres por más esfuerzos que hagan, los artífices de su siglo, sinó éste quien los amolda y les imprime su carácter. Cierta es que los grandes ingenios influyen en la sociedad que los ha hecho tal cual son; más con esto su obra se reduce á devolver aquello mismo que recibieron, adicionado de los intereses.» Apoya esta opinión en el estudio que hace de varias personalidades que se han distinguido en las ciencias, en la política y en la religión. Así, según él, Bacon podría haber sido Santo Tomás de Aquino, si hubiera vivido en aquel siglo, como éste podría haber sido Bacon á haber vivido en el siglo que éste vivió. Sin Lutero lo mismo

se hubiese producido un gran cisma en el siglo 16 y Voltaire en tiempo de Luis 14 hubiera sido un celoso jansenista. Pascal mismo, hubiera escrito de muy distinta manera si hubiese vivido en tiempos de ilustración más general y cuando los abusos de todo género manchaban la monarquía y corrompían la religión. «Se discutió mucho y por largo tiempo para inquirir si la honra de haber inventado el sistema de las fluxiones corresponde á Newton ó á Leibnitz, y el resultado ha sido saber que ambos hicieron el descubrimiento simultaneamente, lo cual, si bien se examina, en el estado en que se hallaban las matemáticas entonces, nada tiene de extraño, pues en virtud de ellas, á no existir ninguno de estos grandes hombres, cualquier otro sabio hubiese descubierto sus principios al cabo de algunos años.»

«Lo propio acontece, á nuestro parecer, con todos los descubrimientos que han enriquecido el caudal del saber humano; pues, sin Copérnico hubiéramos poseído su sistema; sin Colón, se habría descubierto la América, y sin Locke nos hallaríamos en posesión de la teoría del origen de las ideas en la inteligencia: que la sociedad, del propio modo que la tierra, tiene montes, valles y llanuras inmensas, tiene grandes hombres, medianos y muchedumbres; más las desigualdades de la inteligencia, lo mismo que las desigualdades de la superficie del globo, influyen tan poco en proporción de la masa, que puede hacerse abstracción de

todas ellas al calcular sus grandes revoluciones. Y así como las partes más elevadas de nuestro planeta reciben los rayos del sol cuando todavía no ha aparecido en el horizonte, así las inteligencias superiores descubren la verdad antes de ser evidente á la multitud; quedando reducida toda su obra no más que á ser los primeros en recoger y reflejar la luz que sin su auxilio, se habría hecho visible un momento después á la generalidad. »

Como se vé, para Macaulay no hay genios ni héroes, sinó inteligencias superiores que alcanzan á ver las cosas un poco antes que la generalidad; pero que á no existir estas inteligencias superiores, la generalidad no perdería nada, pues sería cuestión de tiempo. El tiempo, pues, es el gran factor, merced al cual todo se realiza. No es posible precipitar los hechos, ellos se producirán á su debido tiempo porque los fenómenos son el resultado de la naturaleza de las cosas en épocas determinadas. En cierto momento la sociedad siente una necesidad, ésta está difundida en la masa, todos la sienten, está en el ambiente, hasta que llega cierto momento en que esa necesidad se satisface por obra de alguno de la colectividad, que muchas veces pueden ser dos, tres ó más. Para él los hechos no se producen de improviso, responden siempre á muchas causas, á muchos antecedentes que es necesario tener muy en cuenta para explicar los acontecimientos. Los grandes hombres no son más que

individuos que vislumbran las cosas un poco antes que la generalidad, pero que en manera alguna tienen carácter de necesidad como sostienen algunos.

Otro filósofo distinguido que se ha ocupado del asunto es Le Bon, autor de varias obras sociales. En una de ellas (1) estudia el papel del grande hombre y encuentra que ellos no son más que grandes receptores ó sintetizadores de las diversas épocas. Sin embargo cree que á ellos se debe el progreso de los pueblos en las ciencias, artes, industrias, etc.

«Esta pequeña falange de hombres eminentes que un pueblo civilizado posee y que bastaría suprimir en cada generación para rebajar considerablemente el nivel intelectual de este pueblo, constituye la verdadera encarnación del poder de una raza. A ellos es debido el progreso realizado en las ciencias, artes, industrias y en una palabra, en todas las ramas de la civilización.» Y sigue en otra parte: «Ellos no aparecen por milagro ni por el azar, sinó representan el coronamiento de un largo pasado. Sintetizan la grandeza de su tiempo y de su raza.» Y más adelante agrega: «Pero si el papel de los hombres superiores es considerable en el desenvolvimiento de una civilización, no es sin embargo de tanta importancia como se dice generalmente. La acción consiste, repito, en sintetizar todos los esfuerzos de una raza; sus descubrimientos son siempre el resultado de una larga

(1) Le Bon.—Leyes Psicológicas de la Evolución de los pueblos.

serie de descubrimientos anteriores; construyen un edificio con piedras que otros han tallado lentamente. Los historiadores, generalmente muy simplificadores, han colocado siempre el nombre de una persona delante de cada invento; y sin embargo, entre las grandes invenciones que han transformado el mundo, tales como la imprenta, la pólvora, el vapor, la telegrafía eléctrica, no hay una sola de ellas que se pueda decir que haya sido creada por un solo cerebro. Cuando se estudia el origen de tales descubrimientos se ve que han nacido merced á una larga serie de esfuerzos preparatorios; la invención final no es sinó el coronamiento.» «Otro tanto puede decirse de los hombres de Estado aunque en apariencia parezcan más independientes del pasado, están sin embargo íntimamente ligados. Están en gran error Hegel, Cousin, Carlyle, etc. cuando consideran á ciertos hombres de Estado como semi-dioses, pues su genio no hace sinó modificar el destino de los pueblos. Pueden turbar, sin duda, la evolución de una sociedad, pero no les es dado cambiar su curso. El genio de un Cronwell ó de un Napoleón no sería capaz de cumplir tal tarea. La influencia de los grandes políticos no es durable sinó cuando, como César ó Richelieu, saben dirigir sus esfuerzos en el sentido de las necesidades del momento; la verdadera causa de su éxito es generalmente muy anterior á ellos mismos.»

Para Le Bon, el grande hombre entonces, no es

el ser excepcional pintado por muchos historiadores, algo distinto de los demás, que piensa y obra aisladamente, que no reconoce antecedentes en sus producciones, que aparece de tiempo en tiempo como caído del cielo, y que viene al mundo enviado por el Ser Supremo cuando él lo cree necesario. Muy al contrario, sin dejar de reconocer su importancia, cree que ellos son hombres como los demás y que cualquiera puede llegar á ser grande hombre, estando rodeado de ciertas circunstancias y en un medio adecuado para desenvolver sus facultades, porque para él, las acciones del hombre, por grandes que parezcan, siempre reconocen una serie de factores y antecedentes que solo revelan el estudio paciente y continuado. De modo que los héroes que llenan las historias con sus acciones no son más que el producto de la fantasía popular que gusta casi siempre de lo extraordinario, maravilloso y sobrenatural. La historia que investiga los hechos, la historia científica, encuentra que los héroes no son tales, sinó hombres muchas veces de talla vulgar, más de una vez simples caudillos (*meneur*) que por una ó varias circunstancias muchas veces imprevistas, logran ponerse á la cabeza de un movimiento.

Un eminente sociólogo austriaco, Gumplowicz, dedicando su atención á este asunto en una obra importante, (1) expone en varios párrafos su opinión

(1) Principios de Sociología.—Citado por Groppali en su "Genesi Sociale del Fenómeno Científico."

serie de descubrimientos anteriores; construyen un edificio con piedras que otros han tallado lentamente. Los historiadores, generalmente muy simplificadores, han colocado siempre el nombre de una persona delante de cada invento; y sin embargo, entre las grandes invenciones que han transformado el mundo, tales como la imprenta, la pólvora, el vapor, la telegrafía eléctrica, no hay una sola de ellas que se pueda decir que haya sido creada por un solo cerebro. Cuando se estudia el origen de tales descubrimientos se ve que han nacido merced á una larga serie de esfuerzos preparatorios; la invención final no es sinó el coronamiento.» «Otro tanto puede decirse de los hombres de Estado aunque en apariencia parezcan más independientes del pasado, están sin embargo íntimamente ligados. Están en gran error Hegel, Cousin, Carlyle, etc. cuando consideran á ciertos hombres de Estado como semi-dioses, pues su genio no hace sinó modificar el destino de los pueblos. Pueden turbar, sin duda, la evolución de una sociedad, pero no les es dado cambiar su curso. El genio de un Cronwell ó de un Napoleón no sería capaz de cumplir tal tarea. La influencia de los grandes políticos no es durable sinó cuando, como César ó Richelieu, saben dirigir sus esfuerzos en el sentido de las necesidades del momento; la verdadera causa de su éxito es generalmente muy anterior á ellos mismos.»

Para Le Bon, el grande hombre entonces, no es

el ser excepcional pintado por muchos historiadores, algo distinto de los demás, que piensa y obra aisladamente, que no reconoce antecedentes en sus producciones, que aparece de tiempo en tiempo como caído del cielo, y que viene al mundo enviado por el Ser Supremo cuando él lo cree necesario. Muy al contrario, sin dejar de reconocer su importancia, cree que ellos son hombres como los demás y que cualquiera puede llegar á ser grande hombre, estando rodeado de ciertas circunstancias y en un medio adecuado para desenvolver sus facultades, porque para él, las acciones del hombre, por grandes que parezcan, siempre reconocen una serie de factores y antecedentes que solo revelan el estudio paciente y continuado. De modo que los héroes que llenan las historias con sus acciones no son más que el producto de la fantasía popular que gusta casi siempre de lo extraordinario, maravilloso y sobrenatural. La historia que investiga los hechos, la historia científica, encuentra que los héroes no son tales, sinó hombres muchas veces de talla vulgar, más de una vez simples caudillos (*meneur*) que por una ó varias circunstancias muchas veces imprevistas, logran ponerse á la cabeza de un movimiento.

Un eminente sociólogo austriaco, Gumplowicz, dedicando su atención á este asunto en una obra importante, (1) expone en varios párrafos su opinión

(1) Principios de Sociología.—Citado por Groppali en su "Genesi Sociale del Fenómeno Científico."

sobre el problema. Desde luego se muestra partidario de la masa porque según él, el pensamiento que se agita en el cerebro del individuo no es obra del individuo mismo, sino un reflejo del pensamiento de la comunidad, un eco de las vibraciones del espíritu de la época, y la verdad científica es el fruto de un sinnúmero de tentativas.

«Es un gran error creer que la fuente del pensamiento del hombre brote de él mismo, sobre todo si se tiene en cuenta que lo que piensa en él no es el individuo mismo, sino la comunidad; la fuente de donde se surte su pensamiento no está en él sino en el medio social en el cual vive, en la atmósfera social en que él respira; no puede pensar de otro modo del que produce en él el ambiente social, necesariamente concentrado en su cerebro. En la mecánica y en la óptica es conocida la ley, según la cual, de la disposición del ángulo de incidencia se puede calcular el ángulo resultante. En el dominio del espíritu existe una ley semejante; solo que no podemos observarla con exactitud. Pero á cada ángulo de incidencia de un rayo psíquico en nuestra vida interna corresponde exactamente un determinado ángulo resultante en nuestra manera de ver y en nuestro pensamiento, y estos modos de ver y estos pensamientos son el resultado necesario de las influencias psíquicas que han penetrado en nosotros desde la infancia.

Por esto el individuo representa la parte del prisma que recibe los rayos exteriores y después de haberlos refractado según leyes fijas, los refleja en determinadas direcciones y en determinados colores.» Para Gumplowicz las fuentes del saber están en la colectividad, el individuo aislado no es nada, él lo recibe todo de la sociedad en que vive, sus acciones son hijas del medio social y no pueden salir de él. El grande hombre no sería para él más que un reflector, un prisma donde van á concentrarse los rayos del pensamiento general.

Dada la sociedad y el momento se puede determinar casi con precisión, lo que puede producir. Para él el individuo vive por la sociedad y no la sociedad por el individuo. Es pues, contrario á la fórmula de que la sociedad se condensa en unos cuantos.

Para Taine la obra de arte como el artista son los depositarios de las energías heredadas de toda una raza, un anillo y nada más de una serie de causas predisponentes y determinantes. Para él los tres factores que determinan la obra de arte son: la raza, el medio y el momento.

Ha hecho un estudio del arte como se hace de las ciencias naturales, que puede llamarse ciencias naturales de las artes en las que estudia más que el ingenio artístico, el modo de pensar, sentir y las costumbres de los pueblos, terrenos donde germinan aquellas obras.

De una manera análoga se expresa Kidd cuando dice: «las obras maravillosas de la civilización no son el producto de ingenios individuales, sinó el resultado de pequeñas acumulaciones de descubrimientos, hechas lenta y penosamente por un número infinito de generaciones pasadas; cada agregado al cúmulo común de conocimientos hace más fácil un nuevo descubrimiento.»

Y agrega más adelante: «Cuando el terreno ha sido limpiado y preparado lentamente por un ejército de trabajadores, llega el tiempo y la idea fructifica. El descubrimiento no es en realidad la obra de uno solo, sinó la del gran número que la ha preparado. Las grandes ideas son el producto del tiempo más que de los individuos; es una verdad que se percibe fácilmente siempre que se recuerde el número de personas que simultáneamente pueden jactarse de un mismo descubrimiento. Esto es cierto para el cálculo diferencial, para la teoría de la conservación de la energía, para la teoría de la evolución, para la interpretación de los geroglíficos, para la teoría de las vibraciones luminosas, para la invención de las máquinas á vapor, para el análisis espectral, para el telégrafo, teléfono y muchas otras invenciones que señalan épocas distintas en la historia del mundo. No hay una grande idea de la cual se pueda decir que es el producto de una sola inteligencia.» (1).

(1) Kidd.—La Evolución Social. Citado por Groppali en su "Genesi Sociale del Fenómeno Científico".

Como se vé, para Kidd no existe el grande hombre, pues todo es producto del esfuerzo colectivo, lentamente elaborado por una serie de generaciones que tal vez sin darse cuenta preparan el terreno de donde han de salir los grandes inventos y descubrimientos que en determinadas épocas cambian la historia del mundo. Para él el tiempo es tambien el gran factor del cual dependen todas las acciones humanas más que del individuo mismo.

Worms, consecuente con la teoría que sostiene, considera á la colectividad muy superior al individuo diciendo que, los grandes descubrimientos responden siempre á una necesidad social, siendo la obra de la multitud, del espíritu colectivo, sobre cuyo modelo se forma el individuo. Este no es más que una célula social.

«El individuo aprovecha de todo el patrimonio intelectual de la sociedad dentro de la cual vive. Es formado por la sociedad más que ésta por aquel. Cada uno de nosotros se mueve en un medio cuyas ideas no ha formado, que no conoce bien, pero que no obstante esto, las acepta y vive entre ellas. Si no naciésemos en el seno de una sociedad, tendríamos que formarnos de la nada nuestra propia experiencia. Al final de una vida entera llena de esfuerzos, ¡cuán pequeño sería el número de inventos y descubrimientos aún del hombre más inteligente y perseverante comparado con lo que encontramos actualmente

en casa del último campesino! La sociedad es la que nos hace tal como somos. Mediante las condiciones de existencia que ella tiene, se impone á todos, crea nuestra semejanza que dá lugar á nuestra solidaridad. Con las condiciones de existencia más ó menos particulares que ella sabe combinar con las comunes, dá lugar á nuestra originalidad. El espíritu individual está completamente impregnado de los productos del espíritu colectivo.» (1) Para Worms, sostenedor de la teoría orgánica, es muy natural que el individuo por sí solo valga muy poco y que considere á la colectividad como la causante de todo progreso. Pues en esa teoría se considerará al individuo como una célula social, es decir, como una parte ínfima del todo y de acuerdo con ella mal podría considerar subordinado todo el cuerpo social á una de sus células, lo lógico es lo contrario. Pero el individuo considerado como célula social tiene lo mismo que aquella, su vida propia, de aquí que no esté completamente absorbida, sinó que guarde cierta independencia, la independencia del funcionamiento con que concurre á formar el todo, sufriendo á su vez la influencia poderosa de éste, por lo que la parte con que concurre sea sumamente inferior á la parte que recibe del cuerpo social

En estos últimos años se ha producido en Alemania un notable cambio en la manera de considerar

(1) Worms.—Organisme et société.—3ª parte.

la historia. En contra de la escuela individualista sostenida por Rank y sus discípulos, se ha levantado la escuela colectivista sostenida por muchos historiadores notables. Merece especial mención uno de ellos, M. R. Lamprecht, por ser el causante de este movimiento. En su *Historia de Alemania* rompe decisivamente con la escuela individualista de Rank. «El concibe la *Historia de Alemania* como la obra colectiva de la Nación Alemana, como el producto de una evolución de estados socio-psíquicos engendrándose los unos á los otros y á los cuales se refiere la diversidad infinita de acontecimientos políticos, de hechos económicos, de corrientes religiosas, de movimientos artísticos, científicos y literarios de cada época.»

«Se puede fácilmente caracterizar el método de M. Lamprecht, dice Pirenne: (1) consiste en considerar á la historia desde el punto de vista de las ciencias sociales. Desde luego, en lugar de colocar al individuo en el primer lugar y de ver en el Estado el objeto principal de las investigaciones históricas, se detendrá ante todo en explicar el desenvolvimiento nacional de un pueblo por los factores naturales y colectivos del cual él es el resultado. La psicología de los pueblos y la sociología muestran que el desenvolvimiento social es condicionado no solamente por el clima, la fauna, el suelo, la flora, etc., sinó tam-

(1) H. Pirenne.—Una polémica histórica en Alemania. *Revue historique*. Año 1897.

bién por un cierto número de maneras de obrar, de pensar y sentir, exteriores al individuo que se imponen á él. La acción de los primeros es constante, la de los segundos es variable. Los estados socio-psíquicos son vivos. El medio social en el cual los individuos están colocados no obra solamente sobre ellos por afuera; él constituye un conjunto de condiciones pasivas, vive en los individuos y se realiza en cada uno de ellos. En el orden económico como en el orden espiritual, el individuo no está aislado sinó por abstracción. Recibe del grupo social al cual pertenece su manera de obrar y su modo de pensar. La sociedad es el elemento universal y primitivo, el individuo el fenómeno contingente y pasajero. Brevemente, el espíritu es la obra común de la sociedad.»

En la nación es donde reside el espíritu colectivo ú objetivo que se manifiesta en cada uno de nosotros. De la nación es entonces de donde debemos partir. No se considerará á la nación como una yuxtaposición de hombres, pero sí como seres dotados de una vida espiritual propia. Debido á esto, la historia particular no será más la historia de los estados, sinó la historia de las naciones, como la historia universal no será ya la historia general de la humanidad, sinó la historia de las acciones recíprocas que las naciones ejercen las unas sobre las otras.

¿Es decir, que el historiador no deberá tener en cuenta las personalidades?

No, sin duda, y es por esto que su papel difiere de la sociología preocupada solamente del estudio de los hechos sociales.

Demasiado evidente es que al lado de la psicología de los pueblos, la psicología individual conserva sus derechos y que sería violentar la historia, reducirla á no ser sinó la exposición de la obra colectiva y anónima de las naciones. Ciertos individuos pasan siempre el nivel común de su época, se elevan sobre el espíritu público, son activos y creadores. Por lo demás, aún sobre estos genios creadores, se reconoce la influencia del espíritu colectivo.»

Para Lamprecht pues, es necesario tener en cuenta una serie de factores por los que está condicionado el desenvolvimiento de las naciones. No solo el clima, la fauna, flora y suelo influyen notablemente, sinó también el medio social: la manera de pensar, sentir y obrar de una sociedad.

Esto no quiere decir que Lamprecht niegue al grande hombre su influencia, sinó que le quita su preponderancia y lo coloca por debajo de la colectividad.

El mismo Pirenne cita á otro sabio francés quien piensa del mismo modo que Lamprecht. Se refiere á Monod quien dice: «Se está demasiado habituado en historia á entregarse sobre todo á las manifestaciones brillantes, relumbrantes y efímeras de la actividad humana; grandes acontecimientos á grandes

hombres, en lugar de insistir sobre los grandes y lentos movimientos de las instituciones, de las condiciones económicas y sociales, que son la parte verdaderamente interesante y permanente de la evolución humana, la que puede ser analizada en cierta medida y reducida á leyes. Los acontecimientos y personajes verdaderamente importantes, lo son sobre todo como signos y símbolos de los diversos momentos de esta evolución; pero la mayor parte de los hechos llamados históricos no pasan á la verdadera historia humana sinó lo que son al movimiento profundo y constante de las mareas, las olas que se elevan sobre la superficie del mar, se coloran un instante de todos los matices de la luz, luego se estrellan sobre la arena sin dejar nada de ellas mismas.»

Esta manera de concebir la historia tan nueva y tan radicalmente opuesta á la que se había profesado hasta entonces fué objeto de una acalorada discusión en el Congreso de Historia reunido en Innsbrück el año 1897. (1).

Tanto por el lado individualista como por el colectivista la disputa fué muy ardiente. Los primeros por no aceptar el desdén y menosprecio que los otros mostraban por sus antepasados, cuando declaraban «que la historia no estaba aún hecha, que su objeto estaba mal definido y su programa confuso, que ella

(1). *Revue historique*.—Congreso de Historia reunido en Innsbrück, extractado por J. Blondel, año 1897, tomo 65.

era incapaz hasta ahora, de establecer leyes y que sus fundamentos mismos no estaban aún establecidos.» «Cuando establecían que es un error colocar al individuo en el primer lugar, pues, el individuo recibe del grupo social al cual pertenece, su manera de ser. Es en el grupo social, es decir, en la nación, donde se debe buscar el espíritu colectivo del cual el individuo no es sinó una emanación.» La humanidad considerada en su conjunto, se desenvuelve por virtud de una fuerza íntima comparable á aquella que obliga á un hombre ó un animal á alcanzar cierta talla, á crear cierta forma y á realizar cierto tipo. El estudio de las Ciencias Naturales, que ha ejercido tan grande influencia sobre la corriente intelectual contemporánea, ha tenido una reacción visible sobre la tendencia y orientación del espíritu de un gran número de historiadores jóvenes.»

Yendo más lejos que Lamprech, L. F. Hartmann declaró: «que á su modo de ver la historia para ser verdaderamente una ciencia, debía repudiar todo lo que no descansase sobre premisas científicamente adquiridas, que ella debía por consiguiente excluir todo prejuicio, toda hipóstasis, toda concepción á priori de la humanidad. La concepción que el historiador debe hacerse del mundo no debe reposar sinó sobre observaciones puramente científicas y colocarse fuera de toda idea trascendental. Rank con su idealismo es un místico, pues cree que la historia es guiada por

ideas que se ciernen más arriba que las cosas y que los hechos, ideas que vienen de Dios, y que por fuerza tienen algo de metafísico.»

Otro escritor no menos importante que los anteriores se ha ocupado del problema que ahora nos preocupa y le ha dado una solución radicalmente opuesta á las teorías individualistas. En una obra de nota (1) publicada hace algunos años trata de explicar todos los acontecimientos, individuos y fenómenos históricos por una sola causa, á la que dá suma importancia, me refiero al medio. Para él este es el gran elemento, cuya influencia poderosa hace obrar al hombre de determinada manera. No reconoce nada superior. Mougeolle no dá importancia al hombre tomado aisladamente, la masa influída por el medio es la causante de todos los hechos y fenómenos históricos. No hay un solo individuo á quien se le pueda atribuir un hecho ó acontecimiento. Todo nace por el concurso de todos.

Para Mougeolle no existen jefes, y los historiadores se equivocan cuando atribuyen á un solo hombre todos los beneficios de un reinado, pues se ha probado, y él lo hace así en su obra, que casi siempre acompaña al rey ó jefe de estado, un gran consejero quien hace y dirige todos los asuntos.

Por otro lado, no consiente que se atribuya toda la gloria de una batalla ó la dirección de una guerra

(1) Mougeolle.—Les problémes de L'histoire.

á un solo individuo, porque el ejército y los otros jefes tienen también mucha importancia.

Condena á los biógrafos que todo lo sacrifican en provecho de uno solo ya sean generales, grandes capitanes ó reyes contando la acción de los pueblos como nula.

Los profetas han sido muchos y Cristo ha sido uno de ellos. No fué solo, ni tal vez el más importante. Era además costumbre en aquel tiempo levantarse contra el poder Romano y predicar la nueva religión llamándose á sí mismos enviados de Dios. Theudas fué uno de los primeros. «Los doctores de la ley daban el ejemplo de la rebelión y no desdeñaban descender ellos mismos á la arena rompiendo los escudos romanos, volteando las águilas, llevando la mano hasta sobre los monumentos elevados por los Herodes, en los cuales ellos denunciaban otros tantos pactos concluídos con la idolatría.

Matías, hijo de Margaloth; Judas, hijo de Sarifeo estaban en el primer lugar de los perturbadores; su suplicio no hizo sinó acrecer la audacia de sus fieles. De todos los agitadores del primer siglo, el más célebre fué Juan.

Predicaba en Judea, mientras que Jesús, más joven y preludiando su papel de profeta, comenzaba á enseñar en Galilea. «Gozando aun de poca autoridad y sin duda también impulsado por el deseo de ver á un maestro cuya enseñanza tenía mucha relación con

sus propias ideas, Jesús salió de Galilea y fué con su escuelita en busca de Juan. Los recién venidos se hicieron bautizar como todos.»

«Estas buenas relaciones se volvieron en seguida el punto de partida de todo un sistema desenvuelto por los evangelistas, y que consistió en dar como primera base, á la misión divina de Jesús, el testimonio de Juan.»

«Jesús no es entonces una figura aislada en medio de la sociedad en que vivía: es de su tiempo y de su país. Si fué innovador fué también continuador, siguió una tarea empezada por otros y si no hubiese tenido colaboradores y sucesores dignos de él, su nombre no hubiera probablemente llegado hasta nosotros.»

Estas ideas se apoyan en autoridades tan renombradas como Renán y por ellas se vé hasta dónde llega el materialismo de Mougeolle cuando niega redondamente el carácter divino que se le dá á Jesús. Pero él no hace sinó seguir los resultados de las investigaciones históricas. Prescinde de prejuicios y no teme á la tradición.

Mougeolle cree muy superiores á los hombres de pensamiento y los coloca por encima de los hombres de acción, reyes, generales, etc. Está de acuerdo con Spencer cuando dice: «que es más grande Adam Smith que desde el rincón de su chimenea ha impuesto al mundo cambios mayores que un primer ministro.

Un general Thompson, dice, que forja las armas necesarias para la guerra contra la ley de los granos; un Cobden y un Bright, que los perfecciona y se sirven, hacen más por la civilización que ninguno de los reyes.» «Esto es cierto, dice Mougeolle, pero á condición de no exagerar. Sería menester no destruir un ídolo para construir otro. No hay que ver en los pensadores, niños sin padres, y en sus obras ideas sin gérmenes, sin antecedentes. Lo mismo en el dominio de la inteligencia, que en dominio de la acción, los individuos los más notables, se disgregan, se desmenuzan, se descomponen, cuando se les mira con el lente de la historia.»

En cuanto á los poetas, declara, que son unos copiadores, que algunos de los más grandes no han existido. Para él Homero es uno de ellos. La Iliada y la Odisea no son más que una serie de rapsodias reunidas por los homérides, personas que se ocupaban en reunir los diversos cantos populares y darles unidad para hacerlos aparecer como un poema.

Estas ideas las sustenta con la opinión de Wolff, quien se ocupó de estudiar los poemas de Homero y quien dice tambien que este no es más que un nombre usurpado.

Estos poemas, dice Wolff, citado por Mougeolle, al principio eran relativamente cortos, pero como se le agregaba sin cesar nuevas rapsodias, que se intercalaban entre los primeros ligándolos entre sí por

versos intermediarios, concluyeron por adquirir amplitud hasta llegar á ser la Iliada y la Odisea, tal como nosotros las conocemos, como nos han sido transmitidas según la relación de Pisístrato y la versión del gramático Aristarco.»

«Esto mismo ocurre con los grandes poemas indios: el Ramayana y el Mahabharata.»

«En cuanto á otros poetas, tales como Virgilio, es notable lo que pasa, pues se copian y hasta se plagian. Este poeta, según Macrobio, ha copiado á Ennio, Lucrecio, Furio Pacuvio, Suevio, Nevio, Vario y Catullo. Y en Shakespeare se han contado hasta 4.000 versos copiados sobre una obra compuesta de 6.000.»

«Los filósofos y los sabios tampoco son solos y únicos en sus teorías. Newton no es el único expositor de la teoría de la gravitación Universal, otros le han precedido: Copérnico, Kepler, F. Bacon y Hook en su sistema del mundo. Lo mismo pasa con Darwin y muchos otros.

«Con los inventores y descubridores pasa lo mismo que con los sabios. Un invento atribuído á uno resulta que no es de él ó por lo menos son dos ó tres al mismo tiempo los inventores ó descubridores. ¿Quién inventó la máquina á vapor? ¿Papin ó Wat? ¿y la imprenta, Gutemberg Foster ó fué traída de Oriente?

«Los descubrimientos no son sinó transformaciones, y las creaciones perfeccionamientos. Los unos y los otros se desenvuelven en largas series, cuyos

términos diferentes están unidos los unos á los otros da tal suerte que el que sigue recuerda al que precede y que lo engendró.»

«La historia de las ciencias está llena de coincidencias que no espantan sinó á los espíritus superficiales. Ya es Newton y Leibniz, encontrando cada uno por su lado el cálculo diferencial; ya Priestley y Scheele aislando el oxígeno; ya Goethe y Oken que tienen al mismo tiempo la idea de las vértebras craneanas; ya Spencer y Jacobi, que inventan simultáneamente la galvanoplastia; ya Darwin y Wollace que el mismo año y el mismo mes expresan sus vistas sobre la selección natural.»

«Si los grandes descubrimientos son los productos de su época, ellos son también los productos de la sociedad en cuyo seno han nacido, en el sentido que muchos de ellos han exigido para realizarse, menos la presencia de una gran inteligencia que el concurso de circunstancias múltiples.»

«Dos grandes doctrinas se dividen ó mejor dicho se disputan el dominio de la historia; la una enseñando el culto de las altas individualidades y la fé en la Providencia ó en la inmanencia; la otra atribuyendo á las masas la parte de influencia que tiene en realidad, sin negar sin embargo, la importancia de las aristocracias que emergen de ella, no reconociendo sobre el hombre sinó un solo poder, el medio.»

Estas dos doctrinas pueden ser llamadas, la una antropomórfica y realista la otra.

Por estos ligeros apuntes se verá que Mougeolle

rechaza la historia tal como se escribe actualmente. No acepta la forma biográfica por ser contraria á la verdad histórica, pues mientras atribuye los hechos á un solo individuo y lo coloca en el primer lugar, él proclama lo contrario, colocando á la masa en aquel puesto, y por encima de todo el medio.

Fouillée, sin haber hecho un estudio especial del problema expresa, sin embargo, sus ideas al respecto, mostrándose intermediario, ni partidario á lo Hegel ni contrario del todo. Para él «la superioridad de los grandes hombres no es probablemente sinó una voluntad más libre y una razón más clarovidente. Ni tan alta ni tan baja como lo cree la escuela de Hegel; ellos no son ni los jefes de la humanidad ni los esclavos de la fatalidad: son libres entre los hombres libres. No se reducen á resumir la edad que se vá, sinó anticipar la edad que debe venir. El genio no es solamente reflejo de aquello que es y paciencia, sinó adivino de lo que debe ser é iniciativa. (1)

Conforme al plan que nos hemos propuesto, terminamos aquí el resúmen de las teorías que sostiene la personalidad de la masa como sujeto histórico y réstanos solamente emitir nuestro juicio, que por cierto será humildísimo, sobre tan importante cuestión, lo que haremos en un capítulo aparte.

(1) Fouillée.—La idea Moderna del Derecho.

CAPITULO V

JUICIO DE LA OBRA

Consideraciones generales.—La historia antigua y la moderna.—Exámen de los fenómenos sociales con relación al grande hombre y á la masa.—Fenómeno económico.—Fenómeno guerrero.—Fenómeno político.—Fenómeno artístico.—Fenómeno científico.—Fenómeno jurídico v moral.—Fenómeno religioso.—Juicio de Le Bon y Novicow.

Como se habrá observado por la exposición que hemos hecho de las principales teorías que se relacionan con el importante asunto del grande hombre, ellas admiten las más variadas opiniones de autores cuyo talento casi no se discute. En efecto, desde las apreciaciones de Carlyle por las que acepta y coloca al grande hombre como un ser excepcional dotado de cualidades divinas, capaz de realizar cualquier empresa por difícil que parezca, superando todas las dificultades que encuentra á su paso é imponiéndose á las multitudes de buen ó mal grado y llegando hasta someter á la naturaleza, cambiando el cauce de las cosas é imprimiendo nuevas direcciones á la hu-

manidad por fuerza propia: hasta Mougeolle que niega al hombre toda superioridad, llegando á no distinguir diferencias entre el llamado grande hombre y la masa (ya que para él todo lo hace el medio) caben muchos grados que á su vez se prestan á variadas interpretaciones y acaloradas disputas.

Es difícil colocarse en un medio tal que, interpretando á los distintos autores pueda de su estudio resultar una teoría que explique satisfactoriamente tan importante asunto. Porque, desde luego, cada autor que se dispone á abordar tan delicado problema profesa de antemano alguna teoría social y por regla general sus puntos de mira son tomados de acuerdo con ella. Así, el conservador, el noble, el monárquico, y en general todos aquellos que aferrados á las tradiciones hacen de ellas una especie de ídolo, es seguro que se resolverán por aceptar al grande hombre casi sin discutirlo. El republicano, liberal de principios, lo aceptará quizá, pero no sin discutirlo. El socialista no lo aceptará y se esforzará por destruirlo, buscando todos aquellos argumentos que le proporcione sus investigaciones históricas, y sólo por excepción, cuando una figura histórica se imponga, lo aceptará, pero como una ola que al fin y al cabo viene á morir á la playa junto con las demás. Y por último, el que profese ideas anarquistas, no sólo lo destruirá, sino que verá en él, la fuente de todos los males sociales y especialmente si se trata de perso-

nalidades políticas. De modo que hay una especie de prejuicio en esto y cada uno discute según sus creencias políticas ó sociales. Por esto es tan difícil acordar ideas sobre esta cuestión verdaderamente árdua, en que cada autor tiene la suya y la expone á su modo. Así vemos que aún entre los mismos que sostienen al grande hombre hay quienes lo aceptan tal como los presenta la historia y solo se ocupan de engrandecerlo, magnificarlo hasta convertirlo en semidios; quienes los consideran como enviados de Dios, portadores de cierta misión; quienes atribuyen su superioridad á cualidades innatas de su inteligencia; quienes al desarrollo de ciertos centros nerviosos; quienes á la herencia, á la educación, al medio, ó á los tres factores juntos. Y pasando á los sostenedores de la masa, hay quien lo niega, considerándolo apenas como un hombre vulgar que vislumbra la verdad un poco antes que la generalidad; quien como el elemento de un grupo que á su vez sirve de receptor donde se van á condensar todos los progresos de una raza, hechos posibles por toda la serie de generaciones que la han formado; quien lo considera como el reflejo del pensamiento de la comunidad, como un eco de las vibraciones del espíritu de la época; quien como una simple célula social; quien le niega toda importancia y por último, quien no ve en él sinó una voluntad más libre y una razón más clarovidente que la generalidad. Como se ve, estas teorías son más el

producto de opiniones personales que el fruto de investigaciones históricas. Y tanto más evidente es esto, cuanto que las verdades que resultan de las investigaciones históricas no pueden ser tantas como teorías hay, sinó que la verdad debe ser una, y solo puede variar el criterio con que se la interprete, pero nunca llegar á resultados diametralmente opuestos como acontece actualmente, pues cualquiera que sea el criterio histórico con que se juzgue un hecho, un fenómeno ó un personaje, no puede dar lugar á aquellas diferencias si no se cuenta con el prejuicio de los autores, causa, como dije, de tan opuestas opiniones.

Si nos detenemos un momento en observar el desarrollo de la historia desde que se empezaron á anotar los actos humanos hasta nuestros días, no cabe duda que resultan diferencias notables en la apreciación de la verdad entre los tiempos antiguos, la edad media y la época contemporánea, que reconocen como causa el distinto grado de adelanto entre aquellas épocas y la nuestra. Pues á causa del atraso científico de aquellos tiempos no se alcanzaba á explicar la causa de los fenómenos y todo lo deificaban, lo atribuían á seres superiores ó agentes divinos. Cada individuo nacía con su hado y sus acciones eran, á sus ojos, más el producto de la fatalidad que el resultado de la voluntad del hombre. De aquí el antropomorfismo histórico ya que para ellos los dioses tenían forma humana. Es claro entonces, que los hechos los

atribuyesen siempre á algún individuo al que magnificaban y engrandecían, colocándolo muy por arriba con respecto á la colectividad, puesto que haciéndolo así servían á sus dioses. La colectividad no era tomada en cuenta, su acción era insignificante y no valía la pena de detenerse en ella. Todo dependía del jefe, quien á su vez estaba supeditado á la voluntad superior de algún dios ó héroe mitológico. La historia escrita en esta forma no es por cierto, la historia de la verdad, la historia científica, sinó el producto de la fantasías de los historiadores, pero no podía ser de otro modo dado el atraso del mundo antiguo y de la Edad Media como he dicho antes. Puede decirse entonces que la historia estaba impregnada de las preocupaciones de la época en que se escribía.

En nuestro tiempo todo ha cambiado muchísimo, todo se investiga con criterio científico, se analiza, se compara, se mide, y solo después de un prolijo estudio se alcanza á determinar el grado de verdad que encierra la historia dejada por nuestros antepasados. Pero ¿qué sucede? Que como los hechos históricos no pueden precisarse con exactitud matemática y solo dependen del criterio del que los estudia, de aquí que nos encontremos con ciertos fenómenos que á pesar de haber sido estudiados y discutidos por varios, no hayan llegado sin embargo á ponerse de acuerdo sobre ellos.

Esto depende en parte de la falta de documentos,

que libres de leyendas y fábulas, nos presenten los hechos tales como han acontecido y en parte, tal vez la mayor, de la predisposición que los autores modernos tienen contra los antiguos. Y tanto más evidente es esto, cuanto que en hechos ocurridos recientemente, que todos pueden apreciar, sin embargo ha chocado el criterio de los historiadores al apreciar la influencia que han ejercido los hombres que han actuado en esos hechos. Mientras unos hacen depender los acontecimientos de ciertos personajes; otros al revés, subordinan á los personajes los acontecimientos. Esto, como lo dije al principio, tiene su raíz en las ideas sociales que profesan los diferentes autores. Por eso se puede sentar también, que en nuestro tiempo la historia está impregnada de las preocupaciones de la época.

Yo no creo que al llamado grande hombre se le pueda eliminar del escenario histórico para suplantarlo por las multitudes; ni que éstas se desalojen en beneficio de aquel. Creo que ambos han existido y existen y que en los acontecimientos humanos tienen mucha parte el uno y la otra. No llegaré á sostener, como algunos, que ambos se complementan, porque si bien en algunos fenómenos sociales puede haber parte de verdad, en otros obran aisladamente, llegando en muchos á ser casi nula la acción de las masas. Para demostrarlo nos detendremos en un ligero análisis de los fenómenos sociales con el objeto de deter-

minar la acción de la multitud y la acción del individuo.

Veremos que en algunos fenómenos, la masa ocupa un lugar prominente, que su acción es muy importante, pero que á pesar de su importancia siempre habrá alguien que sobresalga del nivel común. Y en otros observaremos que la influencia de la multitud es casi nula y que la producción de los fenómenos solo es debido al genio de algunos hombres, sin los cuales no se manifestarían.

Además, antes de entrar en materia; debemos dejar constancia de un hecho y es el siguiente: en nuestro tiempo se ha suscitado la cuestión muy importante de saber si el hombre al nacer trae consigo cierta disposición intelectual, cierta constitución psicológica que implique en él una superioridad innata con respecto á la colectividad. Si esto se probara, la superioridad de ciertos hombres no se discutiría y el grande hombre sería su expresión; pero como muchos no aceptan esta teoría, nosotros probaremos con datos su existencia.

Se nos presenta en primer lugar el fenómeno económico en el que juega un gran papel la multitud. Pues en la producción, circulación, cambio, etc., puede decirse que todos contribuyen en cierta esfera y se realiza merced á esta concurrencia.

Pero á pesar de esto no puede negarse la influencia de algunos individuos en la marcha de dicho

fenómeno tratando de fijar, despues de detenidos y pacientes estudios, ciertas leyes, principios ó teorías, que cambiaron el curso de los hechos ó fijaron ideas que si bien estaban en la mente de la masa ella no era capaz de definir las. ¿Acaso Adan Smith no ocupa un lugar prominente en este orden de fenómenos? ¿Quién le negará la influencia ejercida por los principios que estableció? Y como él muchos otros economistas que por no hacer tan extenso este trabajo no los menciono. Aunque no resistiré á continuar sin decir algo sobre ese coloso del Norte, ese Pierpont Morgan, cuyas empresas asombran al mundo. ¿Quién se atreverá á colocar á esa inteligencia poderosa al nivel de la masa? El, que maneja cien empresas distintas, que tiene en sus manos millares de millones, director de bancos, de empresas ferrocarrileras, de inmensas fundiciones, alma y vida de trusts colosales. Serán inútiles á mi juicio, todas las tentativas que se hagan por reducir al nivel común á personalidades de esa talla. Pues pienso como aquellos: han nacido con el genio económico. Es natural que si estos hombres se encontrasen aislados, solos como quieren algunos para que se les pueda llamar grandes hombres su acción sería casi nula; necesitan forzosamente de la masa y en esto estaría el complemento; pero nótese que ellos serían siempre el cerebro y la masa el brazo y entre ambos es notable la superioridad del primero.

En el orden guerrero ocurre algo análogo á lo

anterior, todo el mundo concurre á la realización del fenómeno, las masas juegan un importante papel. Pero aquí como allá hubo individuos que han descollado por su genio militar. Si bien es cierto que el ejército gana las batallas, no lo es menos que la victoria depende del genio del jefe que lo manda. Y en esto hay también un complemento entre el ejército y su jefe. Echando una mirada retrospectiva ¿quién podría negar el genio militar de Alejandro?

Ese hombre que con 40.000 soldados atraviesa el Asia, derrota ejércitos treinta veces mayores, somete imperios, levanta ciudades y solo se detiene para dar descanso á sus soldados. Y tanto más evidente es esto cuanto que al desaparecer él todo se desmorona, se destruye, porque no hay otro que lo pueda reemplazar. Había pues un soplo en su cerebro que los demás no lo tenían. Es claro que Alejandro con su genio, solo, no hubiera hecho nada—asi discurren los que no aceptan los genios—pero ¿y el ejército sin Alejandro hubiera realizado tantas hazañas? No lo sabemos. Lo que se sabe es que fué un genio militar prominente, porque se distinguió, sobresalió del nivel de los demás jefes. Y por otro lado, mal puede conocerse si uno es un genio si no tiene donde ejercitar sus aptitudes y para Alejandro como para Anibal, César, Napoleón, etc., era el ejército, la guerra, su campo de acción.

Entre nosotros, el general San Martín ocupa,

puede decirse, el primer lugar por su genio militar. Este hombre, que vá al Norte á hacerse cargo del ejército, y que de una mirada se dá cuenta de la imposibilidad de vencer al enemigo por ese camino, y al mismo tiempo concibe su vasto plan, lo desarrolla, organiza un ejército, prevé mil detalles, despista al enemigo, vence todos los obstáculos y en poco tiempo traspone la cordillera más alta del mundo por pasos casi intransitables y con exactitud matemática, cual lo había previsto, obtiene dos de las más espléndidas victorias: Chacabuco y Maipo con que le dá la libertad á Chile ¿no merece acaso el título de genio? Pero no para aquí, porque su plan tiene mayores proyecciones, se propone libertar al Perú y lo realiza. ¿Quién podría reducir al nivel de la masa á esta descollante personalidad? Es cierto que cuenta con jefes valientes y aguerridos y con un ejército disciplinado y entusiasta, pero no es menos cierto que todo esto es obra de aquel cerebro excepcional.

En el orden político, que es el que realmente nos interesa, ocurre algo análogo á los dos fenómenos anteriores. El pueblo tiene una participación directa ó indirecta en el gobierno de cada país, ya concurriendo con su voto á la elección de sus mandatarios, ya tomando parte activa en las cuestiones de gobierno. De aquí que pueda decirse con propiedad que la masa y el grande hombre se complementan. Es claro que esto es cierto para aquellos pueblos en los cuales re-

side la soberanía, pues en los países absolutos no hay complemento, porque el soberano gobierna con completa prescindencia del pueblo.

Ahora ¿cuándo se le podrá llamar grande al hombre que gobierna á un país, á quien se le confía sus intereses? ¿Cuándo se podrá decir que ejercen verdaderas funciones tutelares? A mi juicio se le puede dar ese dictado, no á aquel que va en contra de la opinión, al que se sostiene por la fuerza, al que obra con subterfugios, al que pone en juego mil artimañas para poder gobernar, al que corrompe al pueblo con el fraude, al que gobierna para sí y solo favorece á sus amigos ó á un círculo determinado. No, porque un individuo de esta especie es un engendro vulgar, un caudillo logrero que ha conseguido ponerse á la cabeza de la masa, generalmente enfermiza en estos casos. El grande hombre en política es el que sabe gobernar con la opinión, el que no necesita de la fuerza para sostenerse, el que maneja con pureza los intereses que se le han confiado, el que se proyecta en todo sentido, dejando sentir su influencia en todos los órdenes del saber, el que satisface las necesidades del pueblo consultando sus conveniencias y en una palabra, aquel que identificándose con la colectividad, siente y obra como ella. También es grande hombre para mí, aquel que asume el poder en momentos en que la masa, por cualquier causa, sufre extravío, pierde el sentido de su propio valer, desconoce su

soberanía, se corrompe y se embarca en corrientes que la conducen á la ruina política y á desastres económicos; y en resumen cuando presa la colectividad de mortal marasmo no se dá cuenta ni de sus deberes ni de sus derechos (casi siempre á causa de corifeos mal intencionados y corrompidos). Entonces digo que es grande aquel que sabe contener el desbordamiento de la multitud, guiarlo por justo sendero, hacerle comprender lo que significan los deberes y los derechos enseñándoles á darles moral cumplimiento y que, dándose cuenta de los males que abaten al pueblo, busca todos aquellos medios tendientes á eliminarlos y una vez cumplido esto se retira. Este sería el verdadero tutor de un pueblo.

Es natural que es muy difícil encontrar un hombre que reúna esta virtud: pero sin embargo, la historia registra muchos.

En los gobiernos bien constituidos no es difícil encontrar personalidades que hayan descollado por su acción. Pericles entre los griegos es uno de ellos. Esta personalidad que se desdobra y multiplica de tal suerte que bajo su gobierno todo adquiere vida y esplendor. El arte y la ciencia llegan á su más alta expresión. En todas partes está él é imprime con el soplo de su genio nueva dirección á las instituciones. Así lo han reconocido desde aquellos tiempos, y así se ha perpetuado en la historia, mereciendo el alto honor de dar su nombre al siglo en que actuó.

No quiero sostener con esto que todo el progreso de aquel siglo se deba á Pericles, porque es indudable que las generaciones anteriores habían hecho mucho y preparado el terreno donde debía desarrollar su acción este hombre notable, pero no se dejará de reconocer la importancia de la personalidad, máxime si se tiene en cuenta lo difícil de manejar á un pueblo cuando llega á la altura de aquel, pues solo un genio puede abarcar tanto conocimiento y darse cuenta de las necesidades de la colectividad. Todo estaba dispuesto, es cierto, en favor de un rápido progreso dado el grado de civilización que había alcanzado; pero sucede con frecuencia y la historia registra muchos hechos, que pueblos que habiendo llegado á cierto grado de esplendor, por falta de una cabeza, sufrieron una evolución regresiva. Lo que nos demuestra el valor de un hombre en la marcha de la humanidad. ¿Qué sucedería con una máquina pronta para funcionar si el maquinista apenas la toca la rompe? Y téngase en cuenta que una nación es la máquina más complicada cuyo buen funcionamiento depende de la mano que la dirige.

Como Pericles pueden citarse otros hombres cuyo genio ha elevado á gran altura á la nación que tuvo la gloria de tenerlos. Luis XIV es uno de ellos, por su influencia Francia se colocó á la cabeza del mundo artístico, científico, político y militar en aquel tiempo. Y sin detenernos en más nombres ¿quién podría ne-

garle á Washington el dictado de grande hombre? Podrán desfilas personalidades de alta talla á través de los siglos, pero será defícil que aparezca uno que reuna en mayor grado las virtudes que poseía Washington, aquel eminente ciudadano cuya acción política sirve de ejemplo á todos los gobernantes del mundo.

De modo que si bien es cierto que en materia política la masa juega un papel importante ya que por su influencia progresan las instituciones —á causa por otro lado de las necesidades que el tiempo hace imperiosas,—no es menos cierto que la rapidez en este progreso depende en gran parte de ciertas personalidades, merced á cuyo genio la civilización alcanza su más alto esplendor, y tanto más verídico es esto, cuanto que desaparecidos ellos sobreviene el decaimiento en todos los órdenes del saber humano, el progreso se detiene y la civilización se estanca ó retrocede.

Bajo el punto de vista artístico no sucede lo que con los fenómenos anteriores. Pues si bien el sentimiento de la belleza es innato en el individuo, raros son los capaces de darle forma artística, y en esto estriba la diferencia.

¿Quién no siente en mayor ó menor grado, cierta emoción en presencia de un hermoso cuadro, ó al escuchar un trozo musical ó al contemplar una bella estatua? Y sin embargo, cuántos millones de individuos al desfilas por delante de aquellas producciones

se sienten incapaces de realizarlas y solo alcanzan á comprenderlas y pocos á admirarlas. Es que en la producción artística, en el verdadero significado de la palabra, concurre cierto soplo especial que el individuo trae tal vez al nacer y que no se adquiere con el estudio, pues son notables las diferencias entre las producciones de los técnicos y las de los artistas geniales. Se pueden hacer buenos versos estudiando métrica; pero el que no nazca con estro poético jamás llegará á ser un Fray Luis de León, ó un Garcilaso, ó un Virgilio, ó un Shakespeare, ó un Lope de Vega.

En el arte es donde la masa no concurre puede decirse para nada, porque el trabajo es puramente individual y las producciones responden más al sentimiento del artista que á las exigencias de la colectividad. Y el medio influye muy poco, pues se ven surgir en un mismo medio, como lo sostiene Hennequin, las más variadas producciones y todas son igualmente admiradas.

¿Qué significa esto? Que el artista no recoge las impresiones de la colectividad para que le sirvan de base á sus producciones, sinó que él idea sus argumentos, les dá forma artística, y los entrega al público para que los saboree. De este modo cada artista es el autor de su medio.

¿Dónde estaría colocada la influencia de la masa en las producciones de Horacio? Se me dirá que él fué precedido por muchos otros poetas. Pero á pesar

de todo, el mundo no cuenta más que con un solo Horacio. ¿Por qué? Porque sus producciones fueron propias de su genio poético excepcional.

Y otro tanto puede decirse de Virgilio, á quien algunos historiadores se entretienen en tratar de plagiarario, de copiador. Pero Virgilio es único en el mundo y felices los pueblos que puedan contar con esos copiadores.

Pero se dirá, todo el pueblo romano tenía el sentimiento de la grandeza de su patria; es indudable, razón mayor para que aquellos sean más poderosos, realizaron lo que millones no hacían sinó sentir. Por eso son grandes hombres, por eso son genios. El que hace lo que todos hacen es un hombre vulgar.

Otro tanto puede sostenerse en favor de la pintura, de la música, de la escultura y de la arquitectura, etc., que no detallamos por no ser más extensos en este trabajo. Resulta, pues, que en el orden artístico el individuo es muy superior á la masa y puede decirse que ésta vive por aquél.

En la producción científica ocurre algo análogo á lo anterior. La colectividad siente la necesidad de una cosa cuando el hombre de ciencia se la ha dado, y aun más, las altas especulaciones científicas son desconocidas para la masa. De modo que su influencia, sinó es nula, puede considerarse como tal en la mayoría de los casos.

Aunque en esto los historiadores y filósofos no

hacen incapié y solo se ocupan de averiguar las causas de las producciones científicas sin tocar á los individuos, hay algunos sin embargo que pretenden anularlos valiéndose de las coincidencias. Y dicen, no hay un solo invento que se pueda atribuir á un solo hombre pues todos reconocen á dos ó más. Los que hablan así, consideran á los hombres no como tales, sinó como dioses, capaces de hacer aparecer las cosas como por arte de encantamiento. Yo creo que cuando se trata del grande hombre no se debe pensar así, sinó que se debe comparar la acción del individuo con la de la masa y de su resultado inferir su superioridad.

Cuando se quiere sostener, que porque Newton haya pensado una cosa al mismo tiempo que Leibnitz no se le pueda llamar grande, creo que es un error, pues á mi juicio es tan grande el uno como el otro, puesto que cada uno por su lado ha dado á luz algo tan notable que la masa no lo había soñado. Y lo mismo puede decirse de otras pretendidas coincidencias. Pero se dice: las invenciones forman una larga cadena en la que han colaborado muchísimas generaciones. No es cierto. Han colaborado algunos individuos de las tantas generaciones y á quienes justamente se les llama grandes hombres. Y esa cadena no está formada por millones de personas sinó apenas por algunas centenas.

Por tanto, puede decirse como en el fenómeno

anterior, que la ciencia vive por el individuo y no por la colectividad, á menos que se quiera forzar el argumento y decir, que el individuo sale de la masa y por consiguiente atribuir á ella todos los progresos científicos. Pero en esta forma todo lo ha hecho la masa.

En el orden jurídico y moral puede decirse que la masa ha determinado la marcha de los acontecimientos, puesto que las leyes en general han sido dirigidas á satisfacer las exigencias ó las necesidades de la colectividad. Pero aquí no falta el grande hombre, porque es tal, aquel que dándose cuenta de las necesidades por propia observación, trata de subsanarlas con reformas jurídicas ó morales. De aquí los grandes jurisconsultos y los grandes moralistas.

Bajo el punto de vista religioso la masa ocupa un lugar prominente. Pues este sentimiento es común á todos dentro de las distintas comunidades religiosas. De aquí que su influencia haya sido la que ha determinado casi siempre las evoluciones y reformas en este sentido. Pero á pesar de esto no falta el grande hombre dentro del fenómeno religioso. Y para mí lo son todos aquellos que ya inspirándose en el sentimiento popular daban forma á una religión, ya dándose cuenta de las necesidades de la época suplantaban una religión grosera por otra más humana, ó bien, á causa de la corrupción en que había caído un pueblo por pérdida de la fé trataron por todos los medios

de volver á la comunidad la pureza de costumbres y creencias.

Dentro de este marco encuadran los fundadores de nuevas religiones y los reformadores: Confucio, Moisés, Cristo, Mahoma, etc., son las figuras descolantes dentro de la religión, los verdaderos grandes hombres.

Tenemos, pues, como conclusión de lo que dejamos expuesto que en algunos fenómenos, la masa tiene una participación importante y contribuye eficazmente á la producción de los hechos y acontecimientos; pero en otros su influencia es, puede decirse, nula; y en todos, es notable la acción de ciertos individuos, de un grupo, merced á los cuales la civilización progresa rápidamente. Es, pues, un grupo selecto, una *élite*, como sostienen Le Bon y Novicow,—y yo lo acepto—la que encabeza la civilización de los pueblos y la hace marchar.

Aunque puede hacerse una excepción respecto del fenómeno político en el que, como expuse en la dictadura, es muy importante y verdaderamente tutelar la acción de un hombre en ciertos momentos de la vida de los pueblos. De aquí que el grande hombre, políticamente considerado, en estos casos sería el dictador. Aunque se me dirá, él no está solo, pues es secundado por un núcleo de personalidades más ó menos importantes. Es cierto. Pero de cualquier manera

todos están subordinados á la voluntad de aquel y los poderes están reunidos en él.

Con esto damos por terminado lo pertinente á la tutela y al grande hombre. En el capítulo siguiente trataremos de ilustrar lo que dejamos expuesto en los anteriores.



CAPITULO VI

LA DICTADURA DE ROZAS

SUS CAUSAS

Como ilustración á los capítulos que dejamos expuestos, nos ocuparemos ahora de estudiar el origen y las causas de la dictadura que ejerció D. Juan Manuel de Rozas durante tantos años y que desgraciadamente hubo que lamentarla como la peor de las tiranías. Tristes resultados á que llegan casi siempre los gobiernos de fuerza ó aquellos en que el pueblo, por cualquier causa, pone en manos de un individuo la suma del poder extraordinario. La historia está llena de ejemplos á cual de ellos más horroroso, y sin embargo, parece que la experiencia de la historia no es suficiente valla para que de tiempo en tiempo se dejen cruzar el rostro por el látigo de algún tirano.

Pero como lo expusimos en otro capítulo, la generación de un dictador responde á causas múltiples que no es posible evitar. La necesidad está en el ambiente, solo falta el momento propicio para que encarnándose en alguno tome forma práctica.

Es difícil prever el resultado político en ciertos momentos de la vida de los pueblos, porque ofuscados por pasiones políticas y sociales no atinan sinó á producirse el mayor mal posible entre los partidos, ó acciones, mejor dicho, que se hallan en lucha. Y esto ocurre con frecuencia en los pueblos nuevos, donde desorientados en materia política todos aspiran á implantar sus ideas. Pero como ellas son, muchas veces, tantas como caudillos manejan al pueblo, de aquí que degenera la lucha de ideas en una verdadera anarquía, hasta no comprenderse los mismos partidarios de una forma determinada de gobierno.

Esto ha pasado en todos los pueblos. Lo mismo en Grecia que en Roma, en la Edad Media que en la Moderna, en ésta que en la contemporánea. El surgimiento de un nuevo Estado, el cambio en la forma de gobierno, la anexión de un pueblo á otro, la disgregación de uno ó varios Estados de otro mayor. En resúmen, todos estos grandes trastornos políticos y sociales siempre han dado lugar á la aparición de algún dictador. Y es natural, porque los pueblos cansados de luchar, de derramar sangre, de aborrecerse, deponen sus armas para caer rendidos á los

piés de aquel que creen su salvador. Este es el dictador.

Esto, exactamente, es lo que ha ocurrido en nuestra patria.

Producida la revolución de Mayo, todo el pueblo corrió á tomar las armas para derrocar las autoridades españolas; pero desde el primer momento una parte de los elementos dirigentes, se aislaron del resto del pueblo con el objeto de manejar los intereses políticos á su antojo. Dos partidos surgieron muy pronto, que marcaban dos tendencias distintas: los demócratas y los conservadores.

Los primeros que inspirados por Moreno, deseaban un gobierno democrático, popular, hacer tabla rasa con lo que fuera español; y los segundos querían conservar algo de las tradiciones españolas, lo que entrañaba el alejamiento del pueblo en materia de gobierno. Los conservadores triunfaron y gobernaron la patria muchos años con prescindencia completa de los elementos populares. Sus tendencias, como buenos conservadores de las tradiciones españolas, eran naturalmente centralizadoras y así vemos transformarse la primera junta, en menos de cuatro años, en un gobierno provisional: el Directorio.

Es claro que estas tendencias fueron combatidas por movimientos parciales en las provincias, pues ellas no podían mirar con buen ojo al grupo que se había entronizado en Buenos Aires, con ánimo de predomi-

nar en toda la República. De aquí dos nuevas fuerzas en lucha: las provincias descentralizadoras, centrífugas federales, y el gobierno centralizador, centrípeto, unitario.

Mientras duró el período de la independencia, las provincias no fueron muy exigentes y salvo la Banda Oriental, Santa Fé y Entre Ríos, las demás permanecían fieles al gobierno central; pero apenas empieza la organización de la República, las ideas federales, que tal vez dormitaban en el cerebro de los caudillos provinciales, salen á flote y la lucha entre las provincias y el gobierno central empieza con ardor para llegar al año 20 en que las tendencias federales se presentan en toda su desnudez.

La unidad nacional se ha roto, la patria se ha dispersado y presenta un espectáculo doloroso. Una série de estados y provincias sin conexión, aislados, sin vinculaciones políticas ni sociales, abandonadas al azar del capricho de un caudillo más ó menos bárbaro que la maneja como una propiedad; he ahí la República el año 20!

¿Qué causas habían influido para que obrando tan poderosamente se produjera semejante dispersión? Indudablemente, las que se producen en toda sociedad que no ha llegado á su madurez; la lucha de los elementos preparados, ilustrados, de los intelectuales, que fundándose en su saber pretenden avasallar todo, dirigir, gobernar á los pueblos con prescindien-

cia del elemento popular, desconociendo casi siempre su valor ó haciendo caso omiso de su opinión en materia política. Y tanto más ardiente y apasionada es la lucha cuanto mayores sean las diferencias de ilustración entre unos y otros.

Esto es lo que ha ocurrido entre nosotros. Pues la diferencia entre el grupo que por su preparación pretendía imponer su voluntad, y la masa era enorme, ya que aquellos eran todos hombres salidos de Universidades y Colegios, mientras estos no eran sino los bajos fondos sociales de la época colonial y que removidos en un momento de turbulencia habían de inundar á la República llevando por doquiera el espanto de sus instintos nómades, más ó menos bárbaros. Los caudillos que los dirigían, si bien gozaban de alguna ilustración, se identificaban con la masa formando así, un solo cuerpo. Y si se agrega á esto el localismo ocasionado por el aislamiento en que habían vivido las provincias durante la colonia, tendremos quizás las causas completas de la anarquía del año 20.

Es claro, que de la lucha de semejantes factores no resultaría la solución de ningún problema político, ni gobierno alguno estable, porque siendo diametralmente opuesto el modo de pensar de unos y otros, no cesarían hasta desalojarse; y como es natural, esto le sucedería al más débil, y éste era precisamente el partido ilustrado, que por su intransigencia y falta tal vez

de clarovidencia, no previó los resultados de la lucha embarcando á la República en la más feroz de las guerras civiles. Y no titubeo en achacar la mayor parte de la culpa al elemento intelectual y preparado, por cuanto siendo menos intransigente y más previsor podía haber evitado muchísimos males, suprimiendo cuando menos la larga tiranía, y en esto estoy de acuerdo con el Sr. J. M. Estrada, cuando dice: «Resistía el Directorio, el Congreso y la Logia de Lautaro, reducidos por sus quimeras aristocráticas á las rudas manifestaciones de la soberanía de las muchedumbres y de la dispersión provincial, reveladas en las formas agresivas del caudillaje y en el caviloso localismo de las ciudades. Dos fuerzas sociales se hallaban en jaque: el elemento ideologista que acariciaba al príncipe de Luca, el elemento campesino que pretendía hacerse rey para lograr por la fuerza las ventajas que la revolución habíase contentado hasta allí con ofrecerle. Surgían en el seno de las ciudades matices intermedios que degradaban los tonos siniestros de la pasión al contacto del patriotismo reflexivo y previsor. Quienes aceptaban el hecho igualitario y democratizador de las masas sin renunciar al centralismo del Directorio; quienes, á la vez que aquél, aceptaban el impulso eversivo de la unión, para sustituirlas por formas nacionales que conciliaran los instintos locales. Ambos matices pretendían apoderarse de los hechos para re-

gularizarlos y son el origen de dos grandes partidos, el federal y el unitario. (1)

A partir de este momento la lucha se hará más encarnizada, más ardiente, más sangrienta y ambos partidos lucharán con verdadera tenacidad hasta quedar vencido uno ú otro. 15 años soportará la patria estos horrores y calamidades, hasta que rendidos de cansancio, se postren á los piés de Rozas quien colocará sobre todas las cabezas el solio de su cruenta tiranía. Solo se presentarán pequeños descansos á manera de treguas entre un partido y otro, que tal vez no servirán sinó para recobrar nuevos bríos al reanudar la tremenda lucha.

En Arequito se dió el grito y la anarquía estalló el 7 de Enero de 1820 encabezada por Bustos, quien funda en Córdoba su gobierno personal, aislado.

Era Director Supremo el general Rondeau por renuncia de Pueyrredón, quien no se atrevió á seguir gobernando en vista de tanto desquicio. El 9 de Junio de 1819, asumió el mando Rondeau.

En vista de la sublevación de las tropas en Arequito y la negativa de San Martín de bajar con sus tropas para ayudar al Directorio, López y Ramírez que se hallaban en acecho de todo lo que pasaba, reunieron sus montoneras y se pusieron en campaña contra Buenos Aires. Rondeau salió á su encuentro

(1) J. M. Estrada.—Lecciones de historia argentina.—Lección 17^a, 2^a edición.

siendo derrotada su caballería y envuelto él mismo por los fugitivos, solo la infantería á las órdenes de Balcarce, se sostiene incólume, deteniendo y dispersando con sus certeros tiros á las montoneras.

Este terrible contraste tenía lugar el 1º de Febrero de 1820 en la Cañada de Cepeda.

Después de este hecho y por desaparición de Rondeau, entró á gobernar el Cabildo en medio de la mayor confusión hasta que se nombró gobernador interino á Sarratea el 17 de Febrero de 1820. Tuvo lugar entonces el tratado de Pilar entre Ramírez, López y Sarratea por el que se pudo contener á las montoneras que no entraran en Buenos Aires.

«Con el gobierno de Sarratea, dice el señor López, quedaron destrozados los vínculos sociales, políticos y administrativos de las provincias argentinas. Todo cayó en un desorden vergonzoso. Cada provincia quedó gobernada en aislamiento por un gaucho ó caudillo arbitrario y omnipotente que hacía su antojo sin respeto á nada ni á nadie.» (1)

En el partido del Pilar se celebró un pacto en el que se aceptaba la federación como base del sistema nacional. Con este pacto quedó disuelta la unión nacional y teníamos en Marzo de 1820 varias provincias independientes: Mendoza, San Juan, Córdoba, Entre Ríos, Santa Fé y se agregaba Buenos Aires.

(1) López.—Historia Argentina.

El pueblo de Buenos Aires estaba indignado con el tratado del Pilar y cuando supo que Balcarce había desembarcado en los Olivos, de regreso de la Cañada de Cepeda, se levantó contra Sarratea y nombró gobernador á Balcarce el 6 de Marzo de 1820. Pero Sarratea apoyado en las montoneras recuperó nuevamente el poder y Balcarce tuvo que huir.

Por ese tiempo Artigas invade la provincia de Entre Ríos, y las montoneras de Ramírez con él á la cabeza corren á oponerse al avance de aquel caudillo. Lejos ya de la Capital aquel peligro, la Junta destituyó á Sarratea y lo subrogó con don J. Ramos Mejía; pero derrotado Soler en la Cañada de Cruz por López y Alvear, reunieron un congreso en Luján que nombró gobernador á Alvear al que el Cabildo de Buenos Aires no quiso reconocer. En esto se levanta Dorrego y logra con su influencia y heroísmo hacer levantar el sitio de las montoneras y hecho gobernador, las persigue hasta más allá del río Pavón donde proclamó la autonomía de la provincia de Entre Ríos, el 12 de Agosto de 1820.

Entretanto, la guerra civil arde en Cuyo, las montoneras de Carreras son derrotadas en San Juan, y Tucumán se proclama República y pone á su cabeza al general Aráoz.

A raíz de los acontecimientos citados, Buenos Aires quedó libre de enemigos y pudo elegir libremente una nueva Junta que se instaló el 9 de Agosto

de 1820, la que nombró á D. Martín Rodríguez gobernador el 25 de Septiembre, quien tuvo que entrar en Buenos Aires á viva fuerza por estar insurreccionado por el Cabildo.

A mediados de 1821, queda Buenos Aires libre de amenazas por la paz de Santa Fé y la muerte de Ramírez. Las provincias andinas independientes, San Luis gobernada por Dupuy, la Intendencia de Cuyo disuelta, Catamarca separada de Tucumán, Santiago aislada por Ibarra y Córdoba con Bustos.

Durante el gobierno de Rodríguez se gozó de paz y bienestar. Se introdujeron muchas reformas en la administración, se crearon instituciones nuevas, se dió impulso á la instrucción, etc.

En 1824 terminó su mandato y fué elegido gobernador el no menos benemérito general Las Heras, quien siguió el camino trazado por el anterior.

El 7 de Febrero de 1826 es nombrado presidente de la República el señor Bernardino Rivadavia, quedando así triunfante el partido unitario en apariencia, pues no contaba con el beneplácito de las provincias que no consentían en apoyar tal gobierno.

Desde el año 21 hasta 1827, la República gozó de una paz relativa, pues salvo algunos movimientos parciales en el interior todo estaba en sosiego.

Poco tiempo duró este interregno de paz, que más aparente que real iba á ser perturbado muy pronto. El señor Rivadavia tuvo que renunciar el 7 de Julio

de 1827 porque todas las leyes y decretos eran desconocidos por las provincias y viéndose incapaz para luchar con tantos enemigos, renunció. Los caudillos desconocieron todo lo que había hecho.

Para sucederle se nombró á una persona imparcial, á D. Vicente López, limitando sus facultades á los negocios de guerra y á las medidas necesarias para restablecer la Provincia de Buenos Aires en su carácter de provincia autónoma.

Con este motivo, se reinstaló la Junta Provincial y nombró gobernador al señor Manuel Dorrego el 1º de Agosto de 1827, opositor de Rivadavia, esto es, federal.

Muy poco tiempo había de gobernar este partido en Buenos Aires, pues ajustada la paz con el Brasil, el ejército vencedor volvió á la capital á descansar; pero desgraciadamente para Dorrego, una conjuración se había hecho con el objeto de derrocarlo y al desembarcar las tropas encabezadas por Lavalle y Paz, se sublevaron el 1º de Diciembre de 1828, destituyendo á Dorrego de gobernador. Se convocó al pueblo en la Capilla de San Roque y fué nombrado Lavalle gobernador militar absoluto y omnipotente de la Provincia, procediendo así del mismo modo que los demás caudillos. La guerra civil empezaba á arder de nuevo. «Ya estaba viciado por las revoluciones el sentido democrático y todo militar afortunado podía contar con la silla de los gobernadores (Estrada).

Dorrego huyó á la campaña perseguido por Lavalle, quien el 5 de Diciembre delegó el mando en Guillermo Brown, fué alcanzado aquel en Navarro y derrotado, tomado prisionero fué remitido al campamento y pasado por las armas en menos de dos horas.

Funestísimo error se ha dicho, porque trajo como consecuencia la aparición de Rozas, quien si bien gozaba de prestigio en la campaña de Buenos Aires, jamás hubiera salido del puesto secundario que ocupaba, pues Dorrego le conocía muy bien y mientras él viviera «no entraría al fuerte aquel gaucho pícaro». Pero aquel acto violento, aquel fusilamiento, eliminando repentinamente á la primera figura federal, al que sabía de memoria la constitución Norte-Americana, al que habia bebido el federalismo en sus fuentes más puras, al único quizá que se daba cuenta de los destinos de la República y que conocía uno por uno á los caudillos de su patria, apresuró los sucesos, precipitó la tiranía, dando lugar nuevamente á sangrientas batallas, acreciendo los odios y rencores, que muy pronto habían de flagelar á la República por manos de uno de sus hijos más perversos, Rozas.

Después de fusilado Dorrego empezó la campaña contra los caudillos, Lavalle debía atacar á Santa Fé y Paz á Córdoba. La lucha empezó con tan mala suerte para Lavalle que despues de perseguir inutilmente á López tuvo que retroceder en malísimas con-

diciones. López se puso ahora en su persecución, mientras caudillos improvisados de la provincia de Buenos Aires que proclamaban á Rozas, lo hostigaban á su paso por esta provincia. Llegó así hasta el puente de Márquez, donde tuvo que librar batalla, sufriendo un horrible contraste, por cuya causa ajustó un convenio con Rozas por el que dejaba la situación en manos de su enemigo. De este convenio surgió el general Viamonte como gobernador.

Mientras esto ocurría en Buenos Aires, en Córdoba Paz obtenía tres brillantes victorias: sobre Bustos en San Roque; La Tablada y Oncativo contra Quiroga y Aldao. Por estas victorias fué proclamado Paz gobernador de Córdoba, quien se apresuró á reponer en todas las provincias el partido unitario, quedando él como Director de la guerra, y bajo su dominio: Córdoba, Salta, Tucumán, Mendoza, San Juan, San Luis, Santiago, Rioja y Catamarca.

Tenemos pues, en 1830, dominada la República por los dos partidos: Buenos Aires por el partido federal, á cuyo frente se halla Rozas, ligado á Santa Fé, Entre Ríos y Corrientes por los pactos federativos de 1829 y el resto de la República como lo expuse antes, por el partido unitario á cuyo frente se hallaba Paz.

Desde la caída de Dorrego no se había convocado la asamblea provincial, hecho que se verificó en tiempo de Viamonte, y como ésta era la que nombraba á los gobernadores, Rozas que deseaba serlo, obró de

de tal suerte que en vez de elegir nuevos dipúta^{dos}, se reunió la «sala vieja», es decir, la suspendida por la revolución de Diciembre compuesta de diputados adictos á él, ya que habían sido elegidos por su influencia en la campaña de la provincia. Reunida la sala fué elegido por tres años con facultades extraordinarias, desde 1830, hasta 1833. Durante este lapso de tiempo demostró lo que sería más adelante. No había más ley que la que imponía su capricho. Suprimió todo lo que significara ilustración y progreso, hizo callar la prensa, maniató la libertad y se «entregó á una política perseguidora y rencorosa» (Estrada).

Terminado su período maneja las cosas de tal suerte, que hace elegir gobernador á D. Ramón Balcarce, su ministro de la guerra, y él se va al Sud al frente de una expedición á conquistar el desierto. Durante su ausencia los verdaderos federales trataron por medio de Balcarce de alejar aquel caudillo cuya siniestra influencia preveían; pero Rozas se apercibe de estos trabajos y pone toda su influencia en contra, teniendo por este motivo que renunciar Balcarce siendo elegido en su lugar nuevamente Viamonte el 11 de Octubre de 1834. Pero este honorable ciudadano, hostilizado por los seides de Rozas, no pudo gobernar y tuvo que renunciar.

Una nueva cámara había entrado á regir los destinos de la Provincia y sus miembros eran casi todos adictos á Rozas.

Esta nueva cámara eligió á éste como gobernador, pero renunció, y cuatro veces consecutivas fué reelegido, pero siempre renunciaba, nadie podía saber lo que quería. La Cámara elige entonces á don Tomás M. de Anchorena, pero éste también renuncia, elige entonces á don Nicolás Anchorena, quien tampoco acepta el cargo; se le brinda el cargo á don Juan N. Terrero y hace lo mismo que los otros.

En tal situación se nombra gobernador á don Manuel Vicente Maza, Presidente de la Cámara, el 5 de Octubre de 1834.

Por este tiempo ocurrió el asesinato de Quiroga, hecho que dió lugar á que se presentara don Vicente Maza en la Cámara y declarase «que el ínclito general Quiroga había sido asesinado por los malvados unitarios encubiertos en una Logia tenebrosa y abominable donde fraguaban otros muchos asesinatos y conspiraciones para trastornar al país.» «Que había llegado el momento de crear un poder fuerte é inexorable.» La Cámara oyó con disimulado pavor la lectura de la nota y uno de sus miembros se levantó é hizo moción para que se proclamase á Rozas y se le entregara no solo el gobierno sinó la suma plena de todos los poderes públicos reunidos en su mano. La Cámara entera se puso de pié y por aclamación dió su consentimiento. Se le comunica su proclamación á la que contestó que aceptaba siempre que el pueblo diese su voto en su favor. Así se hizo y en la elec-

ción verificada obtuvo 9316 votos y cuatro en contra. El 13 de Abril de 1835 se sentó Rozas en la poltrona presidencial para no abandonarla sinó 17 años después, en 1852. Hénos pues en plena dictadura.

Por estos apuntes se verá el proceso que han seguido los acontecimientos para llegar á la dictadura. Las luchas continuas, la guerra sin cuartel, las persecuciones tenaces entre los partidos no pudieron ponerlos de acuerdo y la ambición desenfrenada por otro lado contribuyeron á atizar más el encono, el odio que existía entre los federales y unitarios. De aquí resultó una guerra civil atroz y cruel, que hizo correr tanta sangre de hermanos de una manera espantosa. Y de aquí surgió al fin, después de tanto luchar, de tanto batallar y como resultado lógico, la dictadura. Es, pues, ella el fruto espontáneo de una época histórica. No hubo esfuerzos, no hubo maquinaciones ni malos manejos. Si no hubiera existido Rozas otro hubiera ocupado su lugar. Pero dados los antecedentes era lógico el consecuente.

Como conclusión á este capítulo, daremos el siguiente cuadro sinóptico del señor Nicolás A. Calvo, puesto en la Introducción de su importante obra «Decisiones constitucionales.»

Es un cuadro que nos permite abarcar una época importante de nuestra historia donde se muestra la movilidad completa de los gobiernos desde 1810 hasta 1835.

Dice el señor Calvo: «examinemos brevemente nuestra propia historia para comprender mejor cuanto camino hemos recorrido desde que juramos la constitución federal.»

«En la ciudad de Buenos Aires, el 25 de Mayo de 1810, bajo la presidencia del coronel Cornelio Saavedra, se instaló la primera junta gubernativa. En 23 de Septiembre de 1811, se nombró el primer gobierno Ejecutivo, que duró un año, hasta el 8 de Octubre de 1812 y el segundo del mismo nombre que duró cinco meses siendo ambos de triunviros. El 20 de Febrero de 1813 vino el Supremo Poder Ejecutivo, compuesto también de tres miembros y duró 11 meses, hasta el 31 de Enero de 1814, cuando don Gervasio Posadas inició la serie de Supremos Directores de Estado; él duró un año, siendo sustituido el 10 de Enero de 1815 por el general don Carlos de Alvear, quien duró tres meses, al cual sucedió el general José Rondeau, el 21 de Abril de 1815; y gobernó hasta el 16 de Abril de 1816 en que el general don Antonio González Balcarce ocupó el puesto de Director Supremo por tres meses para dejar el mando el 29 de Julio de 1816, á don Juan Martín de Pueyrredón, brigadier general, que duró tres años, por excepción, hasta el 9 de Junio de 1819, en que volvió como interino el general don José Rondeau, quien entregó el poder al Cabildo el 11 de Febrero de 1827. En ese año de fatal anarquía, hubieron además del Cabildo

citado los diez gobernadores siguientes: don Manuel Yrigoyen, Gobernador Político el 12 de Febrero, que duró 4 días; después el 16 de Febrero vino don Manuel Sarratea, Gobernador y Capitán General que duró 18 días; don Juan Ramón Balcarce que fué nombrado el 6 de Marzo de 1820, y duró dos meses hasta el 2 de Mayo del mismo año en que le sucedió don Ildefonso Ramos Mejía, por un mes y medio hasta el 20 de Junio en que el Cabildo se hace cargo de nuevo del gobierno general para entregarlo al general don Miguel Estanislao Soler, tres días después, el 23 de Junio y al general Soler, que duró 7 días, sucede de nuevo el Cabildo el 30 de Junio, dura tres días y después el coronel Dorrego sube al poder el 3 de Julio de 1820 para entregarlo tres meses más tarde al general don Martín Rodríguez el 28 de Septiembre de 1820. Este gobierno provincial duró como el nacional de Pueyrredón 3 años por excepción, hasta el 2 de Abril de 1824 en que fué nombrado el general Las Heras. El 8 de Febrero de 1826 es nombrado Presidente de la República, siendo el primero del título don Bernardino Rivadavia, que dura un año y 5 meses; sucediéndole el doctor Vicente López el 7 de Julio de 1827, como interino, el cual dura un mes, hasta el 12 de Agosto de 1827, en que vuelven los gobernadores y capitanes generales, empezando con el coronel Dorrego, quien dura año y medio; hasta el 1º de Diciembre de 1828, en que es derrocado por

el general Lavalle, quien lo fusiló después de prisionero, el 13 del mismo mes. El 26 de Agosto de 1829, el general don Juan J. Viamonte le sucede en el gobierno y dura 3 meses. El 8 de Diciembre de 1829, el coronel don J. M. Rozas ocupó el gobierno de Buenos Aires por primera vez. El 17 de Diciembre de 1832, el general Juan Ramón Balcarce le sucedió hasta el 5 de Noviembre de 1833 y duró 8 meses, sucediéndole el general don Juan José Viamonte, que duró 10 meses, hasta el 1º de Octubre de 1834, sucediéndole entonces el señor don Manuel V. Maza, que duró 6 meses y medio, hasta el 18 de Abril de 1835, fecha en que subió al poder don Juan Manuel de Rozas, y gobernó con la suma del poder público y las facultades extraordinarias.

Este es el cuadro sinóptico de nuestros 43 primeros años de libertad: los Ejecutivos ya nacionales ó provinciales, aislados ó coexistentes, triunviros ó unipersonales, duran 3 días 7 días y cuando más 2 años, en completa descomposición y desorden, hasta que llega la inevitable dictadura que dura 20 años. ¡Es una lección cara, pero útil!

Es la inexorable ley de la historia. Despues de la anarquía, la dictadura.»

Como se vé este cuadro no puede ser más sugestivo, por él nos podemos dar cuenta exacta de lo que fué aquel funesto período de nuestra historia.

Roma y Bizancio nos presentan caracteres aná-

logos, con la diferencia muy notable por cierto, de que allá eran los estertores de la agonía en sus violentas convulsiones, que viendo su próximo fin luchaban por sostenerse, mientras aquí era el caos de cuyas entrañas había de surgir una de las primeras naciones de América.

JOSÉ MONTI.

Abril de 1903.

Buenos Aires, 6 de Mayo de 1904.

Admitida:

M. F. MANTILLA.

Rafael Castillo.

Secretario.

PROPOSICIONES ACCESORIAS

I

La acción de las Misiones Jesuíticas del Paraguay fué nula para la civilización argentina.

II

La enseñanza de los colegios nacionales debe dirigirse á preparar á los jóvenes para estudios superiores y proporcionar al mismo tiempo una cultura general. De aquí la necesidad de su bifurcación.

III

Las multitudes argentinas fueron el brazo de la independencia.

